

HAGAN LO QUE EL LES DIGA

*Reflexiones y sugerencias para la formación de la piedad
Mariana*



**Documento del 208º Capitulo general
de la
Orden de los Frailes Siervos de María**

1983 Año Jubilar por los 750º años

Roma

ÍNDICE

Presentación

Introducción

I. REFLEXIÓN SOBRE UNA CRISIS RECIENTE.

Naturaleza y ámbito de la crisis en la piedad Mariana.

Reflejo de la crisis en los Institutos religiosos.

La superación de la crisis. María en el corazón del misterio cristiano.

En el corazón del misterio de la Encarnación.

En el corazón del misterio de la Hora.

La superación de la crisis en los Institutos religiosos

II. MARÍA Y LA VIDA CONSAGRADA. UNA CONSONANCIA PROFUNDA.

Una responsabilidad histórica.

Una profunda correspondencia.

Ejemplaridad de la familia de Nazaret.

Imagen suprema de la virginidad consagrada.

Modelo de nuestra vocación y de nuestra consagración

Prolongación y signo de una presencia.

Un gran símbolo del cristianismo.

María, testigo de Cristo.

III. SOBRE ALGUNAS TAREAS QUE INCUMBEN HOY A LAS IGLESIAS LOCALES Y A LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS EN ORDEN A LA PROMOCIÓN DEL CULTO A LA SS. VIRGEN.

El estudio.

El anuncio de la palabra.

Primera evangelizada y evangelizadora.

Vieron al Niño con María, su Madre.

La revelación de Caná.

Con María en espera del Espíritu.

Fidelidad a la reforma litúrgica.

Religiosidad popular.

La piedad Mariana en la liturgia.

Silencio de la Virgen y silencio litúrgico.

El camino de la belleza

Camino del compromiso ascético.

Camino adherido a la Palabra

Vía filial

La opción por los pobres

La cuestión femenina

La Piedad Mariana y promoción de la mujer.

En la Iglesia.

Piedad Mariana y virtudes evangélicas.

La cultura de la vida

La promoción la causa ecuménica.

Una profunda conversión del corazón

La purificación de los ojos

Una actitud de comprensión.

Las Iglesias en Oriente.

Las Iglesias de la Reforma.

Comunión en la fe de Abraham.

Los hermanos hebreos

Los hermanos musulmanes

Conclusión

INTRODUCCIÓN

1. Desde Roma, donde estamos celebrando el 208º Capítulo general, nos dirigimos en primer lugar a vosotros hermanos y hermanas de la Orden, que compartís con nosotros la gracia y el gozo de la vocación de Siervos de Santa María. Con sentimientos de deferencia, nos dirigimos también a las Iglesias locales donde nuestra Orden está presente, desarrolla su servicio y da su peculiar testimonio. Por motivos que luego indicaremos, deseamos además, y sobre todo, establecer un dialogo con las decenas y decenas de familias religiosas masculinas y femeninas, que viven su consagración a Cristo mirando expresamente a María como a su imagen conductora. Finalmente, no queremos excluir de nuestro dialogo a ningún discípulo de Jesús que, como nosotros, venere en la bienaventurada Virgen a la "Madre del Señor" (cf. Lc 1,43), ni a nadie que, aun sin ser creyente, reconozca en María de Nazaret, por la amplitud y el valor de su 'presencia' en la civilización humana, una "protagonista de la historia"^[1] De todos puede llegarnos una iluminación de fe o un testimonio de cultura y a todos nuestra humilde palabra puede servir para una renovada atención hacia la Madre de Jesús.

2. El año del Señor 1983 es para nosotros "año jubilar". En él se celebra el 750º aniversario de la fundación de nuestra Orden, surgida en Florencia en 1233, por obra de siete mercaderes de aquella ciudad. "Estos siete hombres -leemos en el documento más venerable de nuestros orígenes- antes de vivir juntos, se dedicaban a la compraventa y al negocio según las reglas del arte mercantil. Pero cuando encontraron la perla preciosa, es decir nuestra Orden, o, más bien, aprendieron de Nuestra Señora cómo conseguir esa perla [...], no sólo distribuyeron a los pobres todos sus bienes vendiéndolos según el consejo evangélico, sino que optaron forzosamente por servir con fidelidad a Dios y a nuestra Señora"^[2]

Demos gracias al Señor por el fervor de las iniciativas que han brotado en el seno de nuestra Orden con motivo de este acontecimiento histórico. Todos nosotros -frailes, monjas, religiosas, miembros de. Institutos seculares, laicos- hemos sentido la exigencia de no reducir la celebración del año jubilar a una conmemoración histórica. Queremos que esta celebración provoque una renovación espiritual, don del Espíritu de Cristo Resucitado y fruto de una generosa respuesta a las instancias que nos vienen de los Siete Santos Padres y a las llamadas apremiantes que nos dirige la Iglesia de nuestro tiempo.

En particular, hemos reflexionado asiduamente sobre la dimensión Mariana de nuestra vocación, efecto, como señalan nuestras Constituciones, "para servir al Señor y a sus hermanos, los Siervos se dedicaron desde sus orígenes a la Madre de Dios, la bendecida por el Altísimo. A ella se han dirigido en su camino hacia Cristo y en su compromiso de comunicarlo a los hombres. Del "Fiat" de la humilde Sierva del Señor han aprendido a acoger la Palabra de Dios y a permanecer atentos a las indicaciones del Espíritu; la participación de la Madre en la misión redentora del Hijo, Siervo paciente de Yahvé, les ha inducido a comprender y aliviar los sufrimientos humanos"^[3]

Fieles, pues, a nuestro carisma de servicio, queremos seguir ahondando en el "significado de la Virgen María para el mundo contemporáneo"^[4] Arde en nuestro corazón el anhelo, sereno y confiado, de que nuestras comunidades sean un testimonio de los valores humanos y evangélicos manifestados por María y del culto que la Iglesia le rinde"^[5].

Y hablando de "nuestras comunidades" creemos oportuno añadir algo todavía. Somos muy conscientes de que nuestra Orden no es más que una pequeña porción de la santa Iglesia, donde florecen numerosos Institutos religiosos con una destacada espiritualidad Mariana.

Así, pues, nos hemos preguntado: ¿Por qué no ofrecer nuestra reflexión a estos hermanos y hermanas que profesan la misma fe en Cristo, que han elegido el mismo estilo de vida y están animados por la misma piedad hacia la Madre del Señor? ¿Por qué no comunicar a las iglesias locales, con las que nos relacionamos cada día, nuestras humildes aspiraciones acerca del culto a la Santísima Virgen?

Estamos convencidos de que un compromiso común, resultante de la convergencia de ideales y propósitos, está destinado a producir frutos abundantes en nuestros Institutos y a refluir con mayor eficacia sobre muchos fieles que desean vivir, individualmente o en grupos, la espiritualidad Mariana de nuestras familias. He aquí, pues, queridos hermanos y hermanas,

el motivo inmediato que nos ha apremiado a ofrecer el fruto de algunas reflexiones nuestras y a entablar con vosotros un diálogo fraterno.

3. Con esta Carta no pretendemos tratar de modo orgánico y desde un punto de vista doctrinal sobre la persona y la misión de la Santísima Virgen en la historia de la salvación. No es este el lugar ni tampoco nos incumbe hacerlo a nosotros. Pero, suponiendo una correcta aceptación de la doctrina del Vaticano II y del posterior magisterio de los Romanos Pontífices, sobre todo en la Exhortación apostólica *Mariialis cultus*, y teniendo en cuenta los resultados más seguros de la actual investigación mariológica, deseamos dialogar cordialmente con vosotros sobre algunos cometidos que -a nuestro parecer- corresponden hoy a los Institutos religiosos y las Iglesias locales en el ámbito de la promoción del culto a la Madre del Señor.

I

REFLEXIÓN SOBRE UNA CRISIS RECIENTE

NATURALEZA Y ÁMBITO DE LA CRISIS EN LA PIEDAD MARIANA

4. Para determinar y comprender mejor estos cometidos, creemos indispensable echar una ojeada a la crisis que últimamente se ha manifestado en la piedad Mariana y que de uno u otro modo ha afectado a nuestros Institutos y a numerosas iglesias locales. Iniciada a fines de los años cincuenta, tal crisis, en 1975, Año Santo de la Reconciliación, se podía considerar ya en vías de solución.

5. Ahora bien, si juzgamos serenamente aquel período, advertiremos que en relación a la piedad mariana no hubo crisis o negligencia de parte del magisterio eclesiástico. Al contrario, en aquellos años aparecieron por obra del concilio Vaticano II (1962-19652.), de Pablo VI (1963-1978) y de varias Conferencias episcopales, algunos de los documentos Marianos más bellos y significativos de toda la historia de la Iglesia^[6]. Ni hubo crisis en el campo de la liturgia, como pudo afirmar Pablo VI: "La instauración posconciliar [...] ha considerado con adecuada perspectiva a la Virgen en el misterio de Cristo, y en armonía con la tradición, le ha reconocido el puesto singular que le corresponde dentro del culto cristiano, como santa Madre de Dios, íntimamente asociada al Redentor^[7]. Tampoco hubo crisis en las actitudes culturales de la mayoría de los fieles, los cuales continuaron venerando con amor a la Madre de Cristo y recurriendo con confianza a su materna intercesión.

Importa subrayar que tampoco hubo crisis o menoscabo de la piedad Mariana en las Iglesias de Oriente. En ellas había suscitado admiración y asombro la eventual propuesta, teórica o práctica, de atenuar de algún modo su antigua e intensa veneración a la gloriosa Theotokos.

6. La crisis tuvo ante todo connotaciones intelectuales. Y fue una especie de "crisis de rechazo". Los progresos realizados en la investigación bíblica patrística, la imponente dada en el campo mariológico a algunas perspectivas -la antropológica y ecuménica, la eclesiológica y pneumatológica... - y el cambio de algunos modos de aproximación a la figura de la Virgen -la preferencia concedida a la categoría de servicio sobre la de privilegio, del aspecto comunitario sobre el individual ... - no siempre fueron bien comprendidos y correctamente aplicados, por lo cual determinaron en numerosos casos un rechazo de auténticos 'valores Marianos', apresuradamente conceptuados como fórmulas pasadas y superadas. 'Valores' digamos- que habría sido suficiente situar en un renovado marco teológico para que resplandecieran con nuevo brillo. Finalmente, la falta de mediaciones sabias y discretas entre las reflexiones críticas de los estudiosos y las expectativas inmediatas de los pastores, motivó dolorosas consecuencias en el terreno cultural.

Así, por ejemplo:

- se denunció justamente, incluso por los Sumos Pontífices, el peligro del maximalismo doctrinal^[8], pero para muchos eso significó sólo desinterés por las verdades de la fe referentes a la Virgen y, en consecuencia, incapacidad de percibir que ella "por su íntima participación en la historia de la salvación, reúne [...] y refleja las supremas verdaderas de la fe"^[9] y dio lugar a un minimalismo doctrinal y práctico, totalmente estéril para la vida del espíritu; - se

denunciaron los riesgos inherentes a todo alejamiento del eje central del culto cristiano: al Padre por Cristo en el Espíritu. Pero eso infundió en algunos la persuasión de que el culto a la Virgen era una manifestación marginal o constituía hasta una desviación más o menos manifiesta de la genuina piedad cristiana. Es decir, no se dieron cuenta de que el culto a santa María, mujer dócil al Espíritu, discípula fiel de Cristo, siempre atenta a cumplir la voluntad del Padre, sólo en el cauce del 'culto cristiano' encuentra su verdadero significado y su válida expresión; ni advirtieron que la piedad Mariana, por la radical inserción de la Virgen en el acontecimiento de la encarnación del Verbo y en el misterio pascual, no solamente no es un elemento periférico, sino que -tal como lo declaró Pablo VI- es elemento intrínseco a dicho culto^[10];

- se pusieron de relieve numerosas carencias en las formas expresivas de la piedad Mariana, sujetas inevitablemente a la erosión del tiempo y a los cambios del proceso cultural, pero no se pensó -salvo excepciones- en sustituir las formas superadas por otras más eficaces y actuales. En cuanto a los ejercicios piadosos de carácter Mariano, fueron contrapuestas más que armonizadas^[11] a las expresiones litúrgicas a la de la piedad popular; se abandonaron por simples efectos formales ejercicios piadosos y prácticas que sin embargo contenían valores perennes. No es exagerado afirmar que, en este campo, se arrancó de raíz sin plantar y se demolió sin reconstruir;

- se puso en evidencia la necesidad de afrontar también en el campo cultural y según sus propias estructuras las necesidades apremiantes del mundo contemporáneo: la evangelización de los pueblos y la edificación de la paz. La lucha contra toda forma de opresión e injusticia; contra el analfabetismo y la miseria, el desempleo y el hambre; contra el racismo y la marginación de la mujer; contra los injustos desequilibrios entre naciones ricas y naciones pobres, y contra la explotación de estas últimas por parte de las primeras. Con razón se subrayaba que un cristianismo auténtico no puede desatender el gemido de los que sufren y el clamor de los oprimidos. Pero indebidamente se dio por descontado que la piedad hacia la Madre del Señor apartaba de estas obligaciones primarias. Es decir, por lo menos en un primer momento, no se apreció el valor profético de la figura de la Virgen en relación al compromiso de la Iglesia para la verdadera liberación y promoción del hombre.

REFLEJOS DE LA CRISIS EN LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS

7. Por su carácter intelectual, la crisis en el culto a la Virgen afectó también, y a veces ampliamente, a los títulos religiosos de tradición y espiritualidad mariana. Los elementos Marianos que se encontraban en la tradición de los diversos Institutos fueron inevitablemente embestidos por el viento de las razones críticas a las que hemos hecho alusión. Se pusieron en tela de juicio ejercicios de piedad que a menudo se remontaban a los mismos orígenes del Institutos; se criticaron orientaciones de espiritualidad que habían guiado la vida de numerosas generaciones de religiosos y religiosas porque -se afirmaba- no coincidían con las expresadas por los documentos conciliares; se hizo menos incisiva la `nota mariana` en la acción apostólica y menos frecuente la predicación sobre la Virgen; fueron más tenues las invitaciones a imitar los ejemplos de la vida de María, refrenadas las manifestaciones de la gozosa conciencia de ser sus hijos: se sonrió ante las `prácticas marianas que jalonaban la vida interna de las comunidades y sostenían la piedad personal de cada miembro; se rechazó a veces la denominación misma del Instituto por considerarla `devocional`. Y así sucesivamente.

No todas estas críticas carecían de fundamento; pero a menudo no se encontró el justo camino para una confrontación constructiva entre las razones de la tradición y las exigencias de la renovación. Esto causó tensiones, produjo malestar, engendró en

muchos religiosos y religiosas el desaliento y provocó en algunos casi una crisis de identidad.

LA SUPERACIÓN DE LA CRISIS. MARÍA EN EL CORAZÓN DEL MISTERIO CRISTIANO

8. Ya hemos dicho que las desviaciones en la piedad Mariana no afectaron a las estructuras vitales de la Iglesia -el magisterio, la liturgia, el sentir de los fieles...-. La firme resistencia que dichas estructuras opusieron a las olas de la crisis fue la comprobación de cuán arraigada estaba la antigua y vital intuición de la Iglesia según la cual la figura de María, aun no siendo el centro, es sin embargo central en el cristianismo: está en el corazón del misterio de la Encarnación, en el corazón del misterio de la Hora. Y esto no en fuerza de un auto persuasión de los cristianos, sino por el sabio designio del Padre y la clara, voluntad de Cristo.

En el corazón del misterio de la Encarnación

9. La doctrina es bien conocida: "Quiso el Padre de la misericordia -leemos en la Constitución *Lumen gentium*- que precediera a la Encarnación la aceptación de la Madre predestinada, para que de ésta manera, así como la mujer contribuyó a la muerte también la mujer contribuyese a la vida. Lo cual cumple de modo eminentísimo en la Madre de Jesús por haber dado al mundo la vida misma que renueva todas las cosas"^[12]. No existe otro Cristo Salvador sino el Verbo encarnado, Jesús de Nazaret nacido de María por obra del Espíritu. El Cristo que domina la historia, que ha pacificado mediante la sangre de su cruz lo que hay en la tierra y en los cielos (cf. Col 1,20), que en la manifestación última "vendrá a juzgar a los vivos ya los muertos"^[13], ha nacido de mujer (cf. Gal 4,4), verdadero hombre, el cual, como cualquier otro hombre, tiene que agradecer a su madre el don de la existencia temporal.

Por eso, Pablo VI, reflexionando sobre el misterio de la Encarnación, pudo pronunciar las graves y aparentemente audaces palabras: "Si queremos ser cristianos, debemos ser marianos, es decir debemos reconocer el vínculo esencial, vital, providencial que une a la Virgen con Jesús y que nos abre el camino que a él conduce"^[14]. Palabras pronunciadas en respuesta a una precisa pregunta: "cómo vino Cristo a nosotros?"^[15]; palabras dichas después de haber constatado, en consonancia con el dato bíblico, que el «vino a nosotros por María, lo hemos recibido de ella [...], es hombre como nosotros, es nuestro hermano por la (unión materna de María"^[16], y después de haber valorado la naturaleza y el alcance del *fiat* de la Virgen, la cual "no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que Cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres"^[17].

Bien consideradas, aquellas palabras no suenan tanto a alabanza de la Virgen, cuanto a advertencia a los creyentes de no perturbar los datos del designio salvífico del Padre para no desprender el Fruto bendito de la Raíz santa, para no separar la Palabra eterna del regazo que la acogió y del corazón que la conservó.

En virtud de su radical inserción en el misterio de la encarnación del Verbo, la Virgen resulta íntimamente unida con toda la historia de la salvación: "El solo nombre de Theotokos, Madre de Dios -escribe el santo monje Juan Damasceno-, contiene todo el misterio de la salvación"^[18].

En el corazón del misterio de la Hora

10. El relato evangélico nos es ya familiar. Jesús, en el momento de pasar de este mundo al Padre (cf. Jn 13,1), dijo a la Madre que estaba junto a la cruz: "Mujer, ahí tienes a tu hijo" Jn 19,26b). Y después, viendo al discípulo amado, que representaba a todos los discípulos, añadió: "Ahí tienes a tu Madre" Jn 19,27a). Con estas palabras, insertadas en un típico 'esquema de revelación', Jesús proclamo que su Madre era también nuestra Madre. Por tanto, en aquella Hora -la Hora del misterio pascual- el discípulo acogió a la madre de Jesús "entre sus cosas propias" Jn 19,27b), como precisamente dice el texto original griego. Es decir, el recibió a María consigo no solo para ofrecerle una posada doméstica, sino sobre todo reconociendo en ella uno de los 'valores' de la propia fe, uno de los principales 'bienes'

espirituales que el amor del Maestro habla vinculado a la comunidad de los discípulos.

En los últimos treinta años la exégesis bíblica ha investigado a menudo sobre este pasaje joánico y ha subrayado con vigor su denso contenido eclesial. Pero, en realidad, este ya había sido puesto de relieve por una tradición viva que, desde el siglo III^[19], se había ido enriqueciendo poco a poco hasta nuestros días^[20]. Permítasenos citar, entre los muchos textos que podríamos aducir a este propósito, el testimonio de S. Sofronio de Jerusalén (+ 683): "El insigne (discípulo) acogió en su casa a la inmaculada Madre de Dios como madre suya ... Se convirtió en hijo de la madre de Dios!"^[21]

El nexo orgánico que une a la Iglesia con María fue subrayado con autoridad por el Concilio Vaticano II, cuando decidió introducir el tratado de la doctrina sobre la bienaventurada Virgen como remate y coronamiento de su reflexión sobre la Iglesia: el celebrado cap. VIII de la *Lumen gentium*. La opción hecha por la asamblea conciliar autoriza, por sí misma, a una conclusión: no hay Iglesia sin María y, viceversa, no se comprende a María sino "en el misterio de Cristo y de la Iglesia", como señala con precisión el título de ese capítulo de la *Lumen gentium*.

11. A nuestro parecer, la razón última de la superación de la crisis de la piedad Mariana hay que situarla en el respeto que la Iglesia debe al libre y sabio designio de Dios. La Iglesia no puede añadir ni restar nada a la acción de la gracia divina en María; debe simplemente adorar el misericordioso designio de Dios acerca de la "bendita entre las mujeres" (Lc 1,42); proclamar su fe invicta (cf. Lc 1;45); reconocer que el Altísimo ha hecho "maravillas" en su favor (Lc 1,42); pero en atención a Cristo y a la comunidad de los fieles; alegrarse de que Dios la haya puesto en la Iglesia como *mater misericordia*^[22] y *ministra pietatis*^[23].

LA SUPERACIÓN DE LA CRISIS EN LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS

12. Los Institutos religiosos -como el conjunto, de la Iglesia- han superado ya en gran parte la crisis de la piedad Mariana por haber sabido plantear, en conformidad con la propia tradición y en sintonía con la renovación conciliar, la problemática relativa al culto de la santísima Virgen y por haber sabido responder a ella.

Siguiendo disposiciones concretas de la Sede Apostólica, los Institutos religiosos han efectuado en los años del pos concilio un largo y enorme trabajo de revisión de sus constituciones. Para esa revisión, el Concilio había indicado un primordial punto de referencia: el seguimiento evangélico de Cristo considerado como "regla suprema"^[24]. Esto determinó que los Institutos se confrontaran sistemáticamente con el Evangelio y de este contacto vivo dimanó para ellos una rica y abundante vena de genuino espíritu religioso. La revisión realizada en obediencia a la Iglesia por hombres y mujeres reunidos en el nombre del Señor Jesús, hay que considerarla en su conjunto como obra del Espíritu.

Por lo que se refiere a la piedad Mariana, una pausa de reflexión y una más amplia perspectiva han permitido discernir lo que en la crítica del culto a la Virgen era verdaderamente válido y lo que no era más que objeción inconsistente.

Pero la revisión se reveló providencial por otro motivo. Habiéndose realizado numerosas investigaciones, publicaciones de fuentes, estudios monográficos, intensas consultas y encuestas minuciosas, esa revisión puso a los institutos en condiciones de reconocer con mayor garantía el carisma originario, de discernir los elementos clave de su propia espiritualidad mariana en relación a otros secundarios y derivados.

13. El resultado de tal revisión es alentador. En la casi totalidad de los casos, si se comparan los elementos Marianos de las Constituciones preconciiliares con los de las Constituciones renovadas, estos aparecen más numerosos y más significativos: las líneas de la espiritualidad Mariana del Instituto se exponen con más claridad, y se enuncian en un contexto más amplio y más vivo, sobre la base de un fundamento bíblico más riguroso y documentadas con oportunas referencias a las fuentes originarias.

En nuestra opinión, no se ha puesto suficientemente de relieve este hecho de amplio alcance eclesial: muchísimos institutos han confirmado gozosamente la 'nota Mariana' de su

específico seguimiento de Cristo y de su modo de ser religiosos en la Iglesia.

La 'nota Mariana' ha sido generalmente expresada en los textos constitucionales con un planteamiento sólido y una admirable variedad de contenidos. Así, verbigracia, la Virgen es considerada a veces en su relación con los religiosos como Madre amantísima que vela sobre sus hijos, o como Hermana que comparte con ellos la condición humana y discipular; como Maestra de vida espiritual y modelo de virtudes evangélicas; como Guía hacia las cumbres de la santidad e Imagen luminosa que ha anticipado en sí las realidades de la gracia que persigue la vida consagrada; como Guarda de los grandes valores evangélicos e Inspiradora de nuevas expresiones de vida consagrada, ella que, fiada en Dios, se enfrentó a situaciones nuevas y llenas de riesgo; como Patrona que defiende y protege al instituto y a cada uno de sus miembros, Reina, de aprender por datos dignos de fe la tradición viva *sensus* del Instituto sobre la propia piedad mariana. Señora a cuyo servicio de amor se consagran los religiosos para conformarse más plenamente a Cristo.

14. Pero los religiosos y religiosas, al redactar sus propias Constituciones y teniendo en cuenta los lazos de comunión y de amistad que les unen a los laicos, han reflexionado a menudo sobre el significado de la figura de María para los hermanos y hermanas que siguen a Cristo en la condición laical. Así, recorriendo los textos legislativos renovados, se acentúa el empeño de favorecer la piedad Mariana entre los laicos, o el propósito de ayudarlos a descubrir en las respuestas de María al plan de Dios 'las respuestas evangélicas' que mejor se acomodan a su condición de vida, o bien el deseo de celebrar con ellos las fiestas de santa María. Y, dado que la piedad Mariana de los religiosos y religiosas ahonda casi siempre sus raíces en el ambiente familiar, se expresa la intención de aprender de la vida de tantos hombres y mujeres seglares el ejemplo de una devoción a la Virgen sencilla y constante, templada en la renuncia y el sufrimiento.

15. Examinando atentamente el rico contenido Mariano de muchas Constituciones renovadas, hemos llegado en seguida a esta doble conclusión:

- salvo excepciones, el lamento que se oye a veces de una menor atención a la figura de la Virgen en los nuevos textos legislativos es debido simplemente a falta de información; a menudo es sugerido, de manera inconsciente, mas por sentimientos de nostalgia hacia otras situaciones históricas, sociales, eclesiales, que por un verdadero celo del culto a la Virgen; revela, además, incapacidad de comprender los motivos profundos de una sana renovación y de abrirse a la novedad que el Espíritu suscita en la Iglesia; finalmente, corre el riesgo, de convertirse en una actitud ,negativa, desdeñosa de un trabajo hecho con seriedad por obediencia a la Sede Apostólica y por ella o con el sello de la aprobación; - los datos marianos expresados en varios textos legislativos, y considerados en su conjunto, constituyen una cantidad notable de experiencias marianas y una especie de compendio de indicaciones válidas y de estímulos eficaces para el progreso de los miembros de nuestros institutos en el camino de una vida que ha de ser oblación santa y culto agradable al Padre (cf. Rom 12,1), de una vida que este animada por un profundo compromiso apostólico y penetrada por la sed de Dios y por la búsqueda de la santidad. Es decir: nuestros Fundadores y Fundadoras, hombres y mujeres guiados por el Espíritu, intuyeron y experimentaron en sí mismos que la Virgen María, por la pureza e intensidad de su respuesta a Dios y por la función que desarrolla en la comunidad eclesial, constituye un efficacísimo y polivalente punto de referencia para vivir bajo el signo de la perfecta consagración al Señor y de la generosa entrega a los hermanos.

16. Los Institutos religiosos cuentan hoy, en los 'datos Marianas' de sus Constituciones, con, una reserva inmensa de est1mulos para la santificación de sus propios miembros y para su acción apostólica. Si nos esforzamos en realizar el ideal por el cual nos hemos comprometido, la piedad hacia María de Nazaret será una grata y apremiante ocasión para transformarnos, mas conscientemente cada día, en verdaderos adoradores del Padre en Espíritu y en Verdad (cf. In 4,23-24), hombres y mujeres del *fiat* gozoso y responsable, diariamente repetido (cf. Lc 1,38); para proclamar por doquier y sin demora (cf. Lc 1,39), la Buena Nueva y para llevar a los hermanos a Cristo, engendrado y guardado en el corazón; para implorar, en comunión con los obispos, con los hermanos y hermanas del Señor

dispersos por el mundo (cf. Hech. 1,14) el don del Espíritu y lograr que se viva en la Iglesia un perenne Pentecostés.

II

MARÍA Y LA VIDA CONSAGRADA UNA CONSONANCIA PROFUNDA

17. Después de haber reflexionado sobre la reciente crisis de la piedad Mariana y sobre la fundamental superación de la misma, tanto en el ámbito eclesial como en los Institutos religiosos, nos parece útil proseguir la reflexión mirando a María desde nuestro Angulo visual y existencial, es decir, desde nuestro ser de religiosos y en relación al servicio específico que podemos prestar a las iglesias locales. La Sma. Virgen María es un 'bien' que pertenece a toda la Iglesia y a todas las generaciones. Ella realiza su ministerio maternal para con todos los creyentes en Cristo, incluso para con todos los seres humanos; y es imagen perfecta del fiel discípulo de Jesús, por la pureza de su adhesión a la voluntad del Padre, y al mensaje del Hijo para todos: hombres y mujeres, Obispos, presbíteros, diáconos, religiosos y laicos. Ya la Iglesia de los Padres habla expresado el convencimiento de que la vida de la Virgen es modelo para todos los discípulos del Señor^[25]. Así pues, a la luz de la tradición y de la constante experiencia de la Iglesia no es posible ningún monopolio del 'modelo mariano' por parte de los religiosos.

UNA RESPONSABILIDAD HISTÓRICA

18. Los exegetas descubren en los Textos del N. T. -sobre todo en los Evangelios de Lucas y Juan- daros indicios de veneración hacia la Madre de Jesús por parte de las primeras comunidades cristianas. Los patrólogos señalan que, de los escritos de los siglos II y III, emergen no pocos. Testimonios de una creciente atención de las Iglesias a la Virgen María, atención que se traduce en una actitud de devoto homenaje hacia su dignidad de Madre de Cristo y de nueva Eva. Los arqueólogos, por su parte, han encontrado signos de piedad Mariana en distintos descubrimientos que se remontan a los siglos II y III, y que se localizan, sobre todo, en Palestina y Roma. Poseemos, por tanto, un notable número de testimonios que nos aseguran que, en esa época pre-nicena (325), es decir, antes de que surgieran formas organizadas de 'vida religiosa', existía ya en la Iglesia una veneración, de contornos bastante bien definidos, hacia la Madre del Salvador. Sin embargo, es innegable que, tanto en Oriente como en Occidente, el sucesivo desarrollo de la doctrina y de la piedad Mariana se debe, en gran parte, a la intuición, al empeño, al amor de hombres y mujeres consagrados a Dios en la vida religiosa: durante la época patrística, en círculos de ascetas; en la Edad Media, en los cenobios monásticos y en las comunidades de las nuevas Ordenes vida evangélico-apostólica, todos los cuales han profesado una destacada veneración hacia la Santísima Virgen; en la Edad Moderna y Contemporánea, en numerosas Congregaciones e Institutos esencialmente apostólicos, en los que frecuentemente el carisma mariano se afirma con vigor. Si recordamos a los Santos, hombres y mujeres, que a juicio de los fieles y de la historia se han distinguido por una peculiar "nota Mariana" " constataremos que la mayor parte de ellos fueron religiosos.

19. En los monasterios se pintaron admirables iconos, que reflejaban una misteriosa "presencia" de 141. Theotocos y expresaban un singular mensaje de belleza y doctrina. En los monasterios' florecieron también la himnografía y la homilética Marianas y tuvieron origen y se afianzaron algunas significativas fiestas de la Virgen y la costumbre de dedicarle el sábado. Con esto se relaciona el uso de concluir las Horas canónicas con el saludo a la Virgen, y sobre todo el solemne homenaje a la Reina de misericordia con que termina el oficio de cada día, la práctica del Ángelus, por la mañana, a medio día y por la tarde, y la difusión de los oficios parvos a la Virgen Santísima. Religiosos fueron casi todos los mejores estudiosos de la figura de la Virgen y muchos de los más fervientes defensores de sus privilegios. Origen religioso' tuvieron casi todos los tratados de espiritualidad mariana y los piadosos ejercicios

Marianos más difundida entre el pueblo cristiano. Religiosos fueron y son los que cuidan muchos de los santuarios dedicados a la Virgen y los promotores de innumerables asociaciones marianas.

Todo esto debemos recibirlo nosotros, religiosos y religiosas, no como motivo de una ingenua y estéril auto exaltación, sino como dato histórico de reflexión, como invitación a no dilapidar un patrimonio de familia, como estímulo para continuar la obra de nuestros "Padres", mantenida durante siglos.

20. Desde el pontificado de Pío IX (1846-1878) los Sumos Pontífices, en el ejercicio de su magisterio universal, han intervenido frecuentemente, para salvaguardar e incrementar la piedad mariana entre los fieles. Como Obispo de Roma han actuado también los Obispos de muchas Iglesias locales. Ellos son los primeros a quienes atañe esta tarea. Pero, sin temor de ceder a la retórica, podemos afirmar que a los religiosos -no por motivos de orden doctrinal o de gobierno pastoral, sino por el peso de una tradición plurisecular-, les incumbe la «responsabilidad histórica» de guardar fielmente la piedad para con la Madre del Señor y de promover su correcto desarrollo. Es esta una responsabilidad que no queremos desatender, un peso que sentimos suave y ligero como «el yugo» y «la carga» de la Ley de Jesús (Mt 11,30).

21. Ya lo hemos insinuado: la vida de María puede ser tomada como norma de vida evangélica por todos y cada uno de los discípulos del Señor.

Sin embargo, por su vocación única e irrepetible y por las singulares circunstancias en que se movió, la ejemplaridad de María, verdadera Madre y Virgen intacta, se ejerce de diverso modo en los distintos estados de vida: de un modo, por ejemplo, en el matrimonio; de otro, en la vida de los que han abrazado el celibato por el Reino. «El matrimonio y la virginidad -observa Juan Pablo II- son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su Pueblo»^[26].

Ejemplaridad de la familia de Nazaret

22. Los que están unidos en santo matrimonio sienten que María y José constituyen para ellos un luminoso punto de referencia por la comunión de fe, de amor y de vida. De hecho, el nacimiento de Jesús, Hijo de Dios e Hijo del Hombre, aconteció en el seno de una familia, constituida según la ley del Señor, formada por un hombre justo (cf. Mt 1,19) de la estirpe de David (cf. Mt 1,20 y Lc 1,27) Y por una mujer, llena de gracia (cf. Lc 1,28).

Desde que José, según la orden del ángel, tomó consigo a María, su esposa (cf. Mt 1,20.24), su vida está marcada por una profunda comunión esponsal: juntos afrontan las molestias ocasionadas por el censo decretado por Cesar Augusto (cf. Lc 2,1-5); juntos, en el gozo y en la pobreza (cf. Lc 2,7), viven el acontecimiento salvífico del nacimiento de Jesús. Juntos aparecen en el cumplimiento de la dada por el ángel a los pastores (cf. Lc 2,16). Juntos observan los ritos prescritos por la ley del Señor: la circuncisión del Niño y la imposición del nombre (cf. Lc 2,21); la Presentación del primogénito en el Templo (cf. Lc 2,27) Y su Purificación (cf. Lc 2,22). Después de las palabras de Simeón (cf. Lc 2,29-32), juntos el padre y la Madre de Jesús se admiraban de las cosas que se decían de él. (Lc 2,33), Y juntos fueron bendecidos por el Santo anciano (cf. Lc 2,34). Juntos afrontan la prueba de la persecución de Hérodes y de la huida a Egipto (cfr. Mt 2,13-15). Vueltos a Nazaret, juntos «se dirigían todos los años a Jerusalén para la Pascua» (Lc 2,41). Con los mismos sentimientos de dolor vivieron el episodio profético de la pérdida de Jesús (cf. Lc 2,48): juntos lo buscaron, lo encontraron y quedaron llenos de admiración (cf. Ibid). Con ellos volvió a Nazaret Jesús, quine, como hijo, les estaba sometido (Lc 2,51). Juntos vivieron allí una vida de trabajo, de suerte que Jesús pudo ser conocido como «el hijo del carpintero» (Mc 6, 3).

Por todo esto la casa de Nazaret ha quedado en la memoria histórica de la Iglesia como el lugar ejemplar donde se aprende «que es la familia, «que es la comunión de amor, su belleza austera y sencilla, su carácter sagrado e inviolable»^[27].

En particular María, por su maternidad física y por su acción educadora del Niño Jesús, es celebrada como modelo de las madres cristianas.

En este punto nos permitimos formular un doble deseo:

- que los que viven en el matrimonio, o se preparan a contraerlo, realicen también su proyecto de comunión y de amor, a la luz de la vida sponsal de José y María. Esta vida aparece singularmente caracterizada por dos rasgos: fue vivida «según la ley del Señor» y fue expresión de una concorde voluntad de afrontar juntos -lo hemos visto- los acontecimientos grandes o pequeños que se les presentaban. Pensando, además, en la experiencia del matrimonio virginal de María y José, los esposos cristianos podrán descubrir el significado último de la sexualidad^[28] -que también ha sido vivida, aunque de modo único, por María y José- y vivir su recíproca entrega, como momento de profunda comunión de amor y de secreta participación en el misterio de la vida, en el ámbito de un orden que viene del Señor;
- que después de las muchas voces, por lo general de teólogos célibes, que a lo largo de los siglos han ilustrado los diversos aspectos de la maternidad de María, esta maternidad sea ilustrada también por la voz de mujeres que han tenido la misma experiencia antropológica.

Imagen suprema de la virginidad consagrada

23. Esta Mujer, María, tan profundamente Madre, ha sido considerada desde el siglo II, la 'Virgen' por antonomasia, la "Virgen del Señor"^[29]. Muy pronto aparecieron a través de la reflexión cristiana las implicaciones dogmáticas de su virginidad y, a partir del siglo III, María fue presentada preferentemente como el modelo o imagen suprema de la virginidad consagrada.

Y esto, ¿Por qué? ¿Por qué la singular conexión, que hemos apuntado en los párrafos precedentes entre 'piedad Mariana' y 'vida religiosa'? El Concilio Vaticano II, ofrece una respuesta rica en implicaciones: los Consejos evangélicos que los religiosos abrazan voluntariamente "tienen la capacidad de conformar mejor al cristiano con el género de vida virginal y pobre, que eligió Cristo, el Señor, para sí y que abrazó su Madre Virgen"^[30].

Existe, por tanto, una sintonía profunda entre la esencia evangélica de la 'vida religiosa' y algunos elementos fundamentales de la 'vida de la Virgen' tal como la presenta el Evangelio. Esta sintonía explica la conexión secular y cordial entre 'piedad Mariana' y 'vida consagrada'. Viviendo esencialmente el mismo 'genero de vida' que María, los religiosos están en situación de comprender con mayor inmediatez algunos 'valores' de la figura de la Virgen, y de asimilar existencialmente matices que a otros, al menos en un primer momento, se les escapan.

24. A la luz de la experiencia histórica y de la 'sintonía profunda' que hemos comprobado entre el "genero de vida" de María y la vida consagrada, podemos decir, sin hacer de ello un axioma, que allí donde se vive con empeño el programa evangélico de la vida religiosa, florece un genuino culto a la Madre de Jesús; y, viceversa, donde está en vigor una correcta piedad hacia la Virgen Santísima, allí se encuentran las condiciones favorables para que germine la vida consagrada. Quizá esto explique el fenómeno que se da en algunos grupos de hombres y mujeres de distintas iglesias de la Reforma: han restaurado con vigor formas y estructuras de vida propios de la tradición monástico-religiosa, entre ellos el celibato por el Reino, y han descubriendo simultáneamente el significado y el valor de la figura de María en orden a la 'vida cristiana'.

MODELO DE NUESTRA VOCACIÓN Y DE NUESTRA CONSAGRACIÓN

25. Por su condición civil es una 'mujer seglar', aunque perteneciente a un pueblo de consagrados (cf. Dt 14,2). Sin embargo, la tradición eclesial, reflexionando sobre los datos evangélicos, se complace en presentar a María como 'la mujer consagrada' por excelencia, como la expresión más alta y más pura, después de Cristo de una consagración personal a Dios y a la causa de la Salvación. Consagrada por la acción santificadora del Espíritu Santo desde su Concepción Inmaculada y después por la presencia inefable del Verbo en su seno virginal, María, a su vez, se consagró libre y totalmente a Dios, respondiendo con generosidad a su llamada^[31]. A la luz de los datos neo testamentarios, se puede afirmar que, en virtud de su singular consagración, todo en la vida de María esa referido a Dios, todo expresa una relación con el Padre, con el Hijo, con el Espíritu Santo, todo resulta orientado a la salvación de los

hombres.

26. Los exegetas nos enseñan que la perícopa lucana de la Anunciación de María (Lc 1,26-38) no ha de ser leída sólo como un típico 'anuncio de nacimiento', sino, además, como un característico 'relato de vocación': vocación a la maternidad mesiánica, pero vocación entendida siempre como 'llamada personal' que exige una 'respuesta personal'.

Y los mismos exegetas observan que ningún relato de vocación presenta un dialogo tan articulado y tan respetuoso de la libertad del hombre como el que se desarrolla entre Gabriel y María, y además, que ninguno termina con una formula tan expresiva de plena adhesión a la voluntad del Señor como aquella con la que María se adhiere al plan divino: «Heme aquí, soy la sierva del Señor, cúmplase en mí lo que me has dicho» (Lc 1, 38).

27. Los religiosos y las religiosas, guiados por la enseñanza de los santos Padres, han meditado mucho sobre esta palabra de la Virgen. A lo largo de los siglos han profundizado el significado del *fiat* de María y han puesto en evidencia que es reflejo de la palabra primordial por la que fueron creadas la luz y el hombre (cf. Gen 1, 3.26). *Fiat* pronunciado para que el Espíritu formara en su vientre virginal a Cristo, Luz verdadera y verdadero Hombre nuevo; respuesta obediente en antítesis con la mortal negación de Eva; eco de la fórmula del 'pacto sinaítico' (cf. Ex 19,8) y, en cierto sentido, su primera verificación en la economía de la Nueva Alianza; encuentro admirable entre la palabra que el Hijo pronuncia, al entrar en el mundo (Heb 10,5-7; Sal 39 [40], 8-9) Y la que dice la Virgen, al acogerlo en su seno (cf. Lc 1,38); 'consentimiento nupcial', ya que, como consecuencia de aquella palabra, el Verbo unió indisolublemente su naturaleza divina a la nuestra humana en el seno de María; paradigma de toda maternidad de gracia en la Iglesia, que solo se da en la fe y en el Espíritu; palabra de aceptación incondicional que, acogiendo un mensaje de liberación (cf. Lc 1,31-33), se hace compromiso de servicio; palabra de misericordia que la Virgen, privilegiada hija de Adán, pero solidaria con todos los hombres, pronuncia en su favor^[32].

Es obvio que no todas estas "lecturas" del *fiat* de María nacen del sentido literal del texto bíblico, pero confirman la atención que la Iglesia y los religiosos de todos los tiempos han prestado a aquella palabra decisiva.

28. Sobre la base de una sólida tradición y sin pretensión alguna de monopolizar el modelo, nosotros, religiosos y religiosas, interpretarnos la vocación ala 'vida consagrada' en sus modalidades llamada personal de Dios-, y en sus contenidos -seguimiento de Cristo en una vida virginal, humilde, obediente, al servicio de la Iglesia... - a la luz de la vocación de María. Sostenemos que Dios prolonga algunos aspectos de la vocación de María en la vocación de las vírgenes y de los religiosos: la vocación de María a la maternidad mesiánica, generación de Cristo en el corazón y en la carne, en los religiosos es llamada a la fecundidad virginal en el espíritu que engendra a Cristo a través de la acogida de la palabra y del cumplimiento de la voluntad del Padre (cf. Mt 12,49-50).

Interpretarnos también nuestra 'consagración religiosa' a la luz de la consagración de María: la radicalidad con que ella "se consagro totalmente a sí misma, como Sierva del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la redención subordinada a Él y con El, por la gracia de Dios Omnipotente"^[33]. Es para nosotros norma para vivir coherentemente el compromiso de amor asumido hacia Cristo y hacia los hombres y para permanecer fieles a la palabra dada.

PROLONGACIÓN Y SIGNO DE UNA PRESENCIA

29. La Iglesia peregrina en la tierra vive de la consoladora seguridad de su Señor: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20b). El Cristo resucitado que está sentado, glorioso, a la derecha del Padre, esta al mismo tiempo constantemente presente en la Iglesia, su esposa. Aún más sabemos que todo bautizado, inmerso en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo (cf. Rom 6, 3-11) ha sido transformado en Cristo, Cristo vive en él (cf. Gal 2, 20) y el es morada de Cristo (cf. Jn 14, 23).

De manera parecida la Virgen asunta al Cielo, que reina gloriosa junto a Su Hijo, "Rey de reyes y Señor de los Señores" (Ap 11, 16), está eficazmente presente en la vida de la Iglesia. El Concilio Vaticano II, haciendo suya la perenne tradición de la Iglesia, lo enseña con vigor y claridad: "Asunta al cielo (María) no ha dejado esta función salvadora, sino que continua obteniéndonos las gracias de la salvación eterna con su múltiple intervención. Con su amor materno tiene cuidado de los hermanos de su Hijo que aun peregrinan, en medio de peligros y preocupaciones, basta que sean conducidos a la patria bienaventurada"^[34]. La teología contemporánea, sin abandonar los contenidos tradicionales, reconsidera la doctrina de la Mediación de María en términos de ejercicio de la Maternidad espiritual y, apoyándose en los Padres, habla espontáneamente de la 'presencia' de María en la vida de la Iglesia^[35]. También en el magisterio de Pablo VI y de Juan Pablo II aparece con frecuencia la expresión "presencia operante" para indicar el modo concreto y arcano con que la Virgen, poseyendo ya "el esplendor de los cuerpos celestes" (I Cor 15,40), y por tanto no sujetas a condicionamientos de tiempo y espacio, participa en la actividad y en la vida de la Iglesia en su fase terrestre y temporal^[36].

La multiforme presencia de Cristo en la Iglesia se manifiesta a través de una múltiple variedad de signos. Estos signos son ya conocidos y sobre ellos han escrito páginas espléndidas los Santos Padres, los teólogos y los Obispos de Roma^[37]. Pero ¿existen signos de la presencia de la Virgen en la vida de la Iglesia? Creemos que sí^[38]. Y entre estos signos -nos preguntamos- ¿no hay que enumerar a las religiosas y religiosos, que por libre elección, están particularmente vinculados a la Madre de Cristo y de Ella toman inspiración y modelo de vida? Queremos responder con cautela, solicitando desde ahora la aportación de otros hermanos y hermanas.

31. Sólo Cristo es fuente y modelo supremo de la vida religiosa. Sólo El presenta con absoluta unidad y profundidad la realidad divina y humana de una vida que se resume en infinito amor al Padre y en total donación a los hombres sus hermanos.

Sin embargo, los religiosos y religiosas, a pesar de su fragilidad personal, por el estado que han abrazado, se sitúan por referencia a Cristo, en la categoría de prolongación y de signo: "Los religiosos -exhorta el Vaticano II -cuiden con atenta solicitud de que, por su medio, la Iglesia muestre, de hecho, mejor cada día ante fieles e infieles a Cristo ya entregado a la contemplación en el monte, ya anunciando el reino de Dios a las multitudes, o curando a los enfermos y pacientes o convirtiendo a los pecadores al buen camino, o bendiciendo a los niños y haciendo el bien a todos, siempre, sin embargo, obediente a la voluntad del Padre que lo envió"^[39].

32. La Virgen no genera la gracia, no tiene luz propia: brilla con la luz de Cristo, como la luna brilla con la luz del sol según una comparación familiar a los Santos Padres. Es sólo el rostro que más se parece al rostro de Cristo, esplendor de la gloria del Padre (cf. Heb 1,3). La Virgen, que no conoció el pecado, presenta ya el corazón nuevo, el corazón dócil, exigido para la Alianza nueva que Dios ha concluido con su nuevo Pueblo (ef. Jr 31,31-34); posee ya el "corazón puro", que su Hijo proclama bienaventurado y capaz de "ver a Dios" (cf. Mt 5,8).

Por la calidad de su respuesta al don de la gracia y a la misión recibida de Dios, la Virgen aparece a los ojos de la Iglesia como modelo de arcana santidad^[40]. La Iglesia contempla a María para sacar de sus palabras y de sus actitudes inspiración para las respuestas que ella, a su vez, debe dar a su Señor en las diversas vicisitudes de la historia; para conocer, por anticipado y en síntesis, su destino de gloria.

También a los religiosos y religiosas les encanta, contemplar a María: para ellos es una actitud permanente fijar la mirada en la Virgen para aprender de ella, como vivir fecundamente la virginidad consagrada, la pobreza voluntaria, la obediencia generosa.

33. Pero hay que precisar algo más. La ejemplaridad de la Virgen es ya un efecto de su 'presencia operante' en la Comunidad eclesial. Es fuerza que fluye de su persona, ya glorificada y consumada en el amor, e induce, a los fieles a conformarse con ella para conformarse más plenamente con Cristo. Así sucede que, por obra del Espíritu Santo y

según estructuras de gracia que no es posible codificar, los fieles conformándose con el modelo, lo reproducen, reproduciéndolo lo prolongan y prolongándolo lo hacen presente en medio de los hombres.

Un gran símbolo del cristianismo

34. La Santísima Virgen es, sin duda, uno de los más grandes símbolos del cristianismo, si entendemos por símbolo una realidad histórica que, encarnando un conjunto de actitudes ideales, no se agota en los límites de la crónica efímera; que, en la economía de la gracia, prolonga su función salvífica en todas las generaciones, susceptible de ser cada vez mejor conocida, pero cuyo misterio solo al final de los tiempos será plenamente desvelado.

En la Santísima Virgen, en esta inagotable realidad-símbolo, se han inspirado los fundadores y fundadoras de muchas familias religiosas.

Algunos fijan su atención en el acontecimiento capital de la encarnación del Verbo, y por tanto, en fiat de la Virgen lleno de obediencia y de fe, mediante la acción del Espíritu, llegó a ser Madre de Dios hecho Hombre y morada santa de la Palabra; y valorando la expresión: «Soy la Sierva del Señor» (Lc 1, 38), han sentido la urgencia de actualizarla, haciendo de la propia vida un servicio de amor a Dios, a la Iglesia, al hombre.

Otros se sintieron atraídos por los contenidos salvíficos del episodio de la Visitación, en el que María arca nueva de la Nueva Alianza, lleva a Juan al Salvador y proclama las grandes obras que Dios ha realizado en su favor y en favor de Israel; y en consecuencia han querido ellos mismos ser portadores de Cristo a los hombres y prolongar con su vida el canto de agradecimiento y de liberación.

Otros, advirtiendo la abundancia de perspectivas que hay en el episodio de la Presentación de Jesús en el Templo quisieron asumir este episodio como paradigma de vida. Pusieron así ante los ojos de sus discípulos, como ejemplo constante de su vida, la amorosa observancia de la Ley por parte de María y de José; la humildad de la Virgen Pura; el rescate, pagado con dos palomas, del Primogénito que a todos los hombres rescatara con el precio de su sangre (cf. I Pe 1,19; Ap 5,19); el encuentro del Mesías con su pueblo en el Templo, no con los guardianes del Templo, sino con los pobres, los anawin Simeón y Ana; y, dominándolo todo, la palabra profética que saluda a Jesús «Luz de las gentes y Gloria de Israel» (cf. Lc 2,32) y anuncia a la Madre su participación -la espada del dolor (cf. Lc 2,35)- en la Pasión de su Hijo.

Otros propusieron a sus hijos e hijas inspirarse en el silencio activo de la casa de Nazaret, donde María, en la fe, junto José, es Madre y discípula de Jesús; guarda y medita en su corazón las palabras y los sucesos que se refieren a El (cf. Lc 2,19.51) Y donde, no comprendiendo todavía todo el alcance de algunos gestos del Hijo (cf. L 2,50), se abandona a la pura fe.

Otros se propusieron colocarse en sintonía vital el acontecimiento de la Hora -suceso de dolor y gloria, de muerte y de vida- en el cual parece virgen, para hacerse verdad en María, algunos vaticinios: la profecía de la Mujer (cf. Gen 3,15) que junto al árbol de la vida, habría sido llamada a colaborar con el Hombre Nuevo a la salvación del género humano. Las profecías que se refieren a la Hija de Sión, Madre de todos los pueblos (cf. Sof 3,14; Zac 2,14 y 9,9; Sal 88 (87), 5-7) que, personificada en María, esta junto a Cristo, mientras este, levantado sobre la cruz, atrae a sí a todas las gentes (cf. In 12,32), y reúne en la Iglesia (cf. In 10,16) "a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Jn 11,52). En aquella Hora se cumple también para María la condición necesaria para ser un verdadero discípulo de Cristo: seguirlo hasta la cruz (cf. Lc 9,23). En la contemplación del misterio del Calvario se han inspirado para exhortar a sus hijos e hijas a estar, como María, presentes activamente junto a la cruz de los hermanos, en los que se prolonga la pasión de Cristo.

Otros anhelaron vivamente que sus comunidades fueran verdaderos cenáculos donde los religiosos y religiosas, reunidos idealmente "en torno a María la Madre de Jesús" (Hch 1,14), en comunión con los sucesores de los Apóstoles y con todos los hermanos del Señor, fueran asiduos y concordes en la plegaria, para implorar sobre la Iglesia el don incesante del Espíritu.

Otros, en fin, encontraron motivo inspirador para su vida consagrada en algunas intervenciones de gracia que Dios ha operado en María, y que forman parte de nuestra profesión de fe: la Inmaculada Concepción en la que reconoce la Iglesia el misterioso

comienzo de sí mismas y ve, como en purísimo espejo, su imagen de Esposa sin mancha ni arruga (cf. Ef 5, 27)^[41]; la Asunción al Cielo, en la cual contempla ya o el destino de gloria que le espera; la virginidad, que ella asume como norma para mantener íntegra la fe y exclusivo y vigilante su amor a Cristo.

35. He aquí tan solo algunos ejemplos. Pero que se refieren no a hechos marginales, sino a experiencias existenciales, que han enriquecido progresivamente la vida de la Iglesia y que interesan a importantes grupos eclesiales; experiencias suscitadas por un carisma fundacional, útil “para la edificación de la Comunidad” (Icor 14, 12) y, como tal, reconocido por la Sede Apostólica; experiencias que han producido y producen frutos de Santidad.

Ahora estamos en mejores condiciones de responder a las preguntas que nos habíamos planteado antes: los religiosos y religiosas que, en virtud de su compromiso estable, radicado en un carisma suscitado por el Espíritu, realizan acciones de vida evangélica, inspiradas expresamente en María, prolongan y manifiesta la "presencia operante" de la Virgen en la Iglesia. Son un signo de la misma.

La Virgen, que Asunta al cielo, está todavía al servicio de la obra de la salvación y vela por la Iglesia, la visita, la conforta^[42], realiza su oficio materno también a través de la palabra, la acción, el corazón de los religiosos y religiosas consagrados a Ella.

MARÍA, TESTIGO DE CRISTO

36. No hay que temer que la atención prestada por los religiosos y religiosas a este o aquel episodio relacionado con la Virgen, hasta asumirlo como motivo inspirador de su vida consagrada, pueda distraerlos de su empeño fundamental: el seguimiento de Cristo y el servicio de la iglesia. Se habrá observado, en efecto que esos episodios se refieren, ante todo a Cristo: a él por lo tanto remiten en primer lugar; y son, por otra parte, episodios que tienen profundas implicaciones eclesiales: remiten, por tanto, necesariamente a la Iglesia. Podemos decir con verdad que no existe episodio evangélico alguno relacionado con María que no pueda y no deba ser leído en relación estrecha con el misterio de Cristo y de la Iglesia.

37. Lo mismo que Juan Bautista (cf. Jn 1, 29-31), Andrés (cf. Jn 1, 41-42), Felipe (cf. Jn 1, 45) y Pedro (cf. Jn 6, 68-69), María es un testigo de Cristo. Como ellos, la Virgen nos remita a Cristo, el nuevo Legislador, y a sus preceptos: “Hagan lo que les diga” (Jn 2, 5). También en virtud del mandato de la Virgen, en el que algunos exégetas advierten ecos de las fórmulas de alianza^[43], nosotros sentimos que Cristo es el único absoluto, el único camino que conduce al Padre (cf. Jn 14, 6). Tal es la función de la piedad mariana en la Iglesia. Esto admirablemente expresado en el conocido tipo iconográfico de la *Odighitria*, es decir, de la Virgen, que indica que Jesús es el Camino.

Pero también Jesús, en cierto sentido, remita a la Madre. Efectivamente, cuando contemplamos a Cristo en su concreta aventura humana y salvífica, desde la cuna a la Cruz, junto a Él encontramos siempre a María. En la infancia del Señor, se ofrece la visión “del Niño con María, su Madre” a los Magos venidos de Oriente (Mt 2, 11); moribundo en la Cruz, Jesús encomienda su Madre a Juan diciéndole: “He ahí a tu Madre” (Jn 19, 27). En la tradición monástico-religiosa estas palabras y estos gestos del Señor se han interpretado como indicación de un camino para el encuentro con Él.

III

SOBRE ALGUNAS TAREAS QUE INCUMBEN HOY A LAS IGLESIAS LOCALES Y A LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS EN ORDEN A LA PROMOCIÓN DEL CULTO A LA SANTÍSIMA VIRGEN

38. Tras estas consideraciones sobre la reciente crisis en la devoción de la Sma. Virgen y sobre cómo se ha superado (primera parte), y una vez puesta de relieve la consonancia profunda entre la vida de María y la vida religiosa (segunda parte), queremos proseguir

nuestra reflexión indicando algunas tareas que, en nuestra opinión, incumben hoy a las iglesias locales y a los Institutos religiosos en orden a la promoción del culto a la Madre y Sierva del Señor.

Comprendednos de nuevo vosotros, obispos, padres y amigos nuestros, y vosotros, hermanos religiosos y religiosas: somos perfectamente conscientes de la pobreza de nuestra voz que vuestra condescendiente atención hace confiada, y el común amor a la Virgen vuelve audaz.

EL ESTUDIO

39. Sólo en conocimiento profundo amor profundo. Por eso nos parece que la primera tarea que hemos de afrontar en orden a un correcto desarrollo de la piedad mariana entre nosotros y con el pueblo cristiano, es la de adquirir un conocimiento profundo de la figura de la Virgen "en el misterio de Cristo y de la Iglesia" y de su misión en la obra de la salvación. Dicha tarea esta en perfecta consonancia con el carisma de nuestros Institutos y es sumamente útil, si no necesaria, respecto a las iglesias locales en las cuales desarrollamos nuestro servicio.

Ciertamente, el Padre, que tiene ocultos los secretos del Reino a los sabios y a los inteligentes, y los revela a los pequeños (cf. Mt 11,25), puede conducir a un profunda conocimiento de María a las almas que a Él se confían con filial sencillez. Pero este es un camino reservado al libre don de Dios. La mayor parte de nosotros, llamados a dar testimonio de la figura de la Virgen en una sociedad que a menudo no comprende su significado, necesita un conocimiento meditado de María de Nazaret: conocimiento que solo puede dar un estudio riguroso y sistemático, adaptado a la condición de cada sujeto y a los distintos períodos de la formación.

40. Porque, digámoslo francamente: muchos sacerdotes, religiosos y religiosas y muchos otros animadores pastorales están aun faltos de información tanto con relación a los documentos fundamentales del Magisterio sobre la Virgen, como respecto a los avances más significativos -y tal vez desde hace años tranquilamente poseídos por los estudiosos- alcanzados por la Mariología en sus diversos sectores.

Las consecuencias de tal desinformación son múltiples: la predicación sobre la Virgen no se renueva: ni presenta incisivamente el sentido de la figura de María para el hombre contemporáneo; los contenidos esenciales, irrenunciables del Magisterio y de la Tradición, corren el riesgo de no ser aceptados porque han sido transmitidos con fórmulas ya superadas en lenguaje teológico; las indicaciones y las perspectivas formuladas por la *Lumen Gentium* se abren paso fatigosamente. Se descuidan las fuentes bíblicas para abrevarse en los riachuelos de piadosas tradiciones y de visiones discutibles; se dejan de lado los tesoros de la patrística y se repiten lugares comunes acuñados en épocas de menor rigor teológico. Algunos se aferran intransigentemente y con cierta 'dureza de corazón' a posiciones contrapuestas y de mutuo recelo -conservadores y progresistas se decía no hace mucho tiempo- cuando para disiparlas sería suficiente un estudio sereno y abierto, sin prejuicios y a la luz del Magisterio, de los datos de la sagrada Escritura y de la Tradición. El movimiento ecuménico, a su vez, avanza lentamente; sigue faltando esa necesaria mediación, a la cual nos hemos referido, entre las investigaciones de los estudiosos y las urgencias de los pastores; se margina a María de Nazaret de la propia vida y de la propia piedad sencillamente porque no se la conoce.

No quisiéramos haber trazado un cuadro demasiado sombrío de la situación. Nos estarnos refiriendo -insistimos- a aquellos lugares, a aquellos hermanos y hermanas entre los que se constata una objetiva y persistente falta de información. Pero es siempre un límite que, tanto a vosotros como a nosotros, por el común amor que profesarnos a la Iglesia y a la Virgen, nos parece demasiado extenso todavía.

41. A este propósito nosotros, siervos y siervas de Santa María, queremos expresar nuestra gratitud y admiración hacia aquellos hermanos que a finales del siglo XIX, en un

momento en el cual la Orden estaba reducida numéricamente, con arrojo y clarividencia fundaron el año de 1896, en Roma, el Colegio de San Alejo Falconieri y le confiaron el encargo de promover el estudio sobre la Sma. Virgen. Con ello pusieron una de las más sólidas bases para el renacimiento de la Orden y le suministraron los instrumentos para un más calificado servicio a las iglesias locales y, en ocasiones, a la misma Sede Apostólica. En 1901, el rector del Colegio de San Alejo, fray Alejo M. Lépicier, profesor de dogmática en la Urbaniana -futuro Prior General y miembro del colegio cardenalicio- publicaba el *Tractatus de Beatissima Virgine Maria Matre Dei*, dando nuevamente en los ambientes escolásticos romanos lugar y dignidad al estudio teológico de Santa María^[44].

El ejemplo de fray Alejo M. Lépicier fue seguido por varios hermanos, entre los cuales destaca fray Gabriel M. Roschini (+ 1977), que colaboró eficazmente en la difusión del pensamiento y del interés mariológico. Así, a través de varias vicisitudes, del Colegio San Alejo nació la Facultad Teológica "Marianum". Permítasenos expresar aquí nuestro reconocimiento a Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI por la paterna atención con la cual animaron el desarrollo de nuestra Facultad hasta instituir en ella el doctorado en sagrada teología con especialización en mariología (7 de marzo de 1965) llegando a honrarle con el título de "pontificia" el 1 de enero de 1971.

La Orden estima la actividad de la Facultad "Marianum" como un servicio apostólico propio en el campo de la investigación teológica. Por su parte, la Facultad, con su conjunto de estructuras docentes, con la Biblioteca especializada, con la revista Marianum que trata de estar presente en el dialogo mariológico, desea "promover particularmente, según la misión de la Orden en la Iglesia, el conocimiento, la enseñanza, el progreso científico y pastoral del pensamiento cristiano sobre la Madre de Dios"^[45]. Para las iglesias locales, los Institutos religiosos y los hombres de cultura, la Facultad se presenta como un organismo fraternalmente abierto, tanto en su aspecto docente como en el discente, a la colaboración de todos los estudiosos y alumnos deseosos de compartir sus objetivos institucionales.

42. Pero precisamente por la atención que dedicamos a los estudios mariológicos, estamos en condiciones de comprender que la aportación de nuestra Orden en este campo es solo una humilde contribución que se añade a la de muchos otros Institutos religiosos. Aun sabiendo que vamos a ser necesariamente incompletos, no podemos pasar por alto la obra desarrollada por la Orden de los Frailes Menores, a quienes ha sido confiada la dirección de la Pontificia Academia Mariana Internacional (Roma); la de los Menores Conventuales, que rigen la Academia de la Inmaculada (Roma); de la Sociedad de María (Marianistas) promotora, entre otras cosas, de la Marian library (Dayton, Ohio, U.S.A.); de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María (Claretianos), que cuidan la publicación de la prestigiosa revista *Ephemerides Mariologicae* (Madrid); de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco, que ha dado vida a la Academia Mariana Salesiana (Roma); de la Compañía de María (Monfortianos) que en Roma ha erigido el Centro Mariano Monfortiano y en París edita la eficaz publicación *Cahiers Marials*; de los Hermanos Maristas, que han formado el centro de Espiritualidad Mariana de Belo Horizonte (Brasil); de los teólogos de la orden Benedictina, de la Compañía de Jesús, de la Orden de los Hermanos Predicadores, de ambas Ordenes Carmelitanas, y de otros tantos Institutos que están presentes eficazmente con numerosas publicaciones la investigación mariológica; de la Pías Sociedad S. Pablo, que en sus programas editoriales dedica gran espacio a las publicaciones de índole mariológica. Y aún debemos notar que en la actividad de las Sociedades Mariológicas que florecen en varias naciones, los religiosos participan abundantemente y son, con frecuencia, los principales animadores. Recordemos, en fin, a los estudiosos de la Prelatura de la Santa Cruz, editores de la importante revista *Scripta de María* (Zaragoza).

Y porque sabemos cuántas personas y medios requiere el mantenimiento de tales obras, nuestra palabra quiere ser también expresión de admiración y de agradecimiento hacia estos hermanos y hermanas y, si fuera preciso, de estímulo para proseguir con rigor y con tenacidad la actividad que los ha hecho beneméritos en la Iglesia.

43. Es tal la importancia del estudio en orden a la promoción del culto a la Virgen, que se

impone por sí misma una conclusión: favorecer por todas partes y en varios niveles formativos entre laicos, religiosos, religiosas y ministros de la Iglesia, el estudio de la Mariología, y favorecer también las instituciones que hacen posible dicho estudio.

"La cristología es también una mariología", proclama incisivamente un reciente documento de la Congregación para la Educación Católica^[46]. Podríamos glosarlo añadiendo: la eclesiología, la pneumatología, son también una mariología^[47]. A cualquiera que considere las cuestiones, doctrinales ligadas a la figura de Aquella a quien los hermanos orientales llaman. "corona de los dogmas" y la utilidad pastoral que deriva de una genuina piedad mariana, la mariología resultará una disciplina no marginal, sino digna de relevante atención.

EL ANUNCIO DE LA PALABRA

44. La última palabra de Jesús a los apóstoles: "Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu enseñándoles a observar todo lo que os he mandado", (Mt 28,19), no marca una conclusión, sino un comienzo: la apertura de la misión universal de la Iglesia. Esa palabra se ha grabado profundamente en el corazón de la Iglesia! Y en cada tiempo urge sostiene y guía su compromiso misionero. A lo largo de los siglos, muchos discípulos y discípulas del Señor han sentido, como Pablo, la urgencia del anuncio de la Buena Noticia: "No es para mí un motivo de gloria predicar el evangelio; es un deber que me incumbe: ¡ay de mí si no predicara el evangelio! (1Cor 9, 16).

Reflexionando ahora sobre la acción misionera de la Iglesia desde este punto de vista, es decir, desde la tarea que incumbe a los religiosos en la promoción de la piedad mariana, nos parece que debemos subrayar dos hechos:

- actualmente el compromiso misionero de la Iglesia está sostenido preponderantemente por los Institutos religiosos. La Iglesia se lo ha confiado y ellos lo han aceptado como una expresión en consonancia con su carisma institucional. Son pocos, en efecto, los Institutos religiosos que no tienen una explícita actividad misionera mientras que son muchos los que han surgido con el fin principal de llevar la luz de la fe aquellos que yacen aún en las tinieblas de la ignorancia;

- muchos Institutos misioneros tienen en su mismo título una 'nota Mariana', ponen su actividad evangelizadora bajo la protección de la Virgen y declaran encontrar en Ella ejemplo e inspiración para el desarrollo de su específico servicio apostólico.

Eso, a nuestro parecer, no carece de significado: revela una vez más basta qué punto se halla María profundamente inserta en el misterio de Cristo, objeto primordial de la evangelización, y en el misterio de la Iglesia, sujeto agente de la misma nuestra, igualmente cómo la Virgen, por su función materna y ejemplar, anticipó en sí la función de la Iglesia: acoger y anunciar la Palabra.

Primera evangelizada y evangelizadora

45. La razón última por la cual se saluda a María como Guía y Estrella de la evangelización^[48] es de naturaleza no meramente devocional sino rigurosamente bíblica. En efecto, según los estudiosos de la Sagrada Escritura, algunos estudios evangélicos contienen indicaciones profundas de una relación variada y ejemplar de María con la Iglesia respecto a la acogida-anuncio de la Palabra.

María, la primera evangelizada. La Virgen de Nazaret, como futura Madre del Mesías y personificación de la Hija de Sión, es la primera que recibe el gozo de la Buena Noticia. El Espíritu Santo, fuerza del Altísimo, descenderá sobre Ella, y de Ella nacerá el Salvador de las gentes (cf. Lc 1,26-28). María acogió con fe esta palabra del Señor y la fe se volvió "para Ella premisa y camino para la maternidad divina"^[49].

María, la primera evangelizadora. Pero la Palabra acogida en su intimidad irrumpe en anuncio, en canto, en profecía. Sobre las montañas de Judea, María, cubierta por la sombra del Espíritu y grávida del Verbo, proclama las cosas grandes realizadas en ella por el Omnipotente y lleva el Salvador a Juan (cf. Lc 1,39-56). Algunos exegetas descubren también en este episodio un eco, aunque lejano, del alborozo por el anuncio de la liberación de Jerusalén: "Que hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz,

que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sión: "Ya reina tu Dios" (Is 52,7).

Vieron al Niño con María, su Madre.

46. En el episodio de los Magos venidos de Oriente para rendir homenaje al Mesías (cf. Mt 2,1-12), podemos ver significada no sólo la vocación de todas las naciones a la fe, sino también la función que, a ejemplo de María, deberá desarrollar la Iglesia: mostrar a Cristo a las gentes, ser lugar de encuentro con El.

Es probable, en efecto, que el evangelista Mateo, al escribir el episodio de la adoración de los Magos, se haya inspirado en Isaías 60, 1-9, el canto que celebra a Jerusalén como capital del universo; y que, al estructurar su relato haya hecho una significativa transposición de elementos. En dicho episodio, Jerusalén, la Ciudad Madre sobre la cual resplandece la gloria del Señor (cf. Is 60,1-2), es reemplazada por María-Madre; sobre 'cuyas rodillas está sentado el Niño; en lugar del Señor, a quien todas las naciones rinden homenaje -que por los textos del judaísmo pre cristiano es ya el Rey mesiánico-, es el mismo Niño Jesús quien recibe el obsequio y la adoración de los Magos; en lugar de los reyes y de las princesas que, según la palabra profética "rostro en tierra se postrarán delante de ti y besaran el polvo de tus pies" (Is 49.23; cf. 60,14) y de los ricos mercaderes que con multitudes de camellos llegan a Jerusalén "llevando oro e incienso" (Is 60.6), están los Magos, quienes "entrando en la casa, vieron al niño con María su Madre, y postrándose lo adoraron. Luego abrieron sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra" (Mt 2,11).

Este encuentro-adoración no sucede, sin embargo, en la antigua Jerusalén, cuyos jefes han rechazado al Mesías (cf. Mt 2,3; 23,37-38), sino en la 'casa' de Belén, que parece ser figura de la Iglesia. Es importante en todo caso resaltar que según la densa página de Mateo en el momento en que los Magos -primicias de los paganos- se abren a la fe y encuentran a Jesús, dirigen su mirada también a la figura de María: "vieron al niño con María, su Madre" (Mt 2,11). Así sucede cada vez que los hombres vienen a Cristo y entran en su casa, la Iglesia. En esta encuentran a Jesús con María, la madre.^[50]

La revelación de Caná

47. Hemos recordado ya la importancia de la palabra del Resucitado a los Once respecto a la tarea eclesial de la evangelización: "Id, pues, e instruid a todas las gentes [...] enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado" (Mt 28,19). Pero nos parece útil citarla de nuevo para acentuar que se coloca en una teofanía -la aparición de los Once de Galilea «sobre el monte que Jesús les había indicado (Mt 28,16)-, teofanía que el evangelista describe recalcando el esquema de aquella otra del monte Sinaí donde se concluyó la Antigua Alianza (cf. Ex 19,1-9).

En la intención de Mateo, el monte de la aparición de Galilea (cf. Mt 28,16-20) es el Sinaí de la Nueva Alianza. A Jesús, glorificado por el Padre, se le reconocen los títulos y prerrogativas propias del Señor en el Antiguo Testamento: el dominio universal (cf. Mt 28,18-19 Y Ex 19,5); la adoración (cf. Mt 28,17 Y Ex 3.12; 24, 1. 9-11); la revelación de una nueva Ley (" ... todo lo que yo os he mandado". Mt 28,20a: ... todas estas palabras como las había ordenado el Señor". Ex 19,7b).

De aquí se deriva el compromiso asumido por el antiguo pueblo de Israel respecto a la Ley del Señor: ¡Haremos cuanto ha dicho el Señor" (Ex 19,8), viene, ser ahora vocación y prerrogativa del nuevo pueblo de Dios, formado, en torno a Jesús, por discípulos provenientes de todas las gentes: "Instruid a todas las naciones [...] enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado" (Mt 28, 19a.20a).

Pero como observan algunos exegetas, la revelación de cana (cf. Jn 2,1-12) se ha escrito también mirando a la 'teofanía del Sinaí' (cf. Ex 19,1-9). Ahora todos ven la singular afinidad que existe entre la fórmula de la promesa de Israel ("Cuanto el Señor ha dicho, nosotros lo haremos", Ex 19,8), la orden dada por el Resucitado a los Once (enseñar y guardar lo que Él ha mandado, (cf. Mt 2,20a) y la palabra de María a los Siervos de las bodas de Cana ("Haced lo que el os diga" (Jn 2,5b).

Lo que Juan pone en labios de la Madre, Mateo lo presenta como misión confiada por Cristo a los apóstoles, es decir, a la Iglesia: María y la Iglesia se encuentran en conducir a los

hombres a la obediencia del Evangelio de Cristo. María y la Iglesia remiten a la sola Ley que salva: la palabra de Jesús (cf. Jn 6,68).

Can María en espera del Espíritu

48. En esta reflexión sobre 'piedad Mariana y anuncio de la Palabra' debemos considerar todavía un texto - Hch 1,13-14-, que presenta a los apóstoles "en compañía de unas mujeres. Y de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos" (Hch 1,15), en espera del cumplimiento de la palabra del Señor: "seréis bautizados en el Espíritu Santo, dentro de pocos días" (Hch 1,5; cf. Lc 24,49).

Se ha puesto de relieve muchas veces que el mismo, Lucas en el evangelio de la infancia de Jesús (los dos primeros capítulos del Tercer Evangelio), documento fundamental de la Palabra que se ha hecho carne, y el Evangelio de la infancia de la Iglesia (Hechos de los Apóstoles), puntual relación del crecimiento y de la difusión de la Palabra (cf. Hch 6,7) desde Jerusalén a Judea, a S. María y hasta los confines de la tierra. Y parece que Lucas haya establecido un significativo paralelismo entre los episodios de la Anunciación-Visitación (Tercer Evangelio) y los de Pentecostés-Difusión de la palabra (Libro de los Hechos). La Palabra-Espíritu, recibida primeramente en la intimidad -por María en la casa de Nazaret, por la comunidad apostólica "en el piso superior" (cf. Hch 1,13) de una casa jerosolimitana-, debe ser posteriormente proclamada por la fuerza del Espíritu más allá de las paredes domesticas: a todas las generaciones, sin límites de tiempo ni de espacio.

Por una parte María, sobre quien descendió el Espíritu Santo, fuerza del Altísimo (cf. Lc 1,35), siente la necesidad de proclamar las "cosas grandes" que ha hecho en Ella el todopoderoso. Deja pues la casa de Nazaret y se dirige a la montaña, a una ciudad de Judea (cf. Lc 1,39). Por otra parte, los apóstoles, sobre quienes el día de Pentecostés descendió la "fuerza de lo alto" (cf. Lc 1,39), quedan "todos llenos del Espíritu Santo" y comienzan a hablar en otras lenguas (cf. Hech 2,4) delante de los Judíos, hombres piadosos venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo" (Hech 2,5). Es decir, dejan su retiro y confirmados por el Espíritu, anuncian con franqueza la obra de la salvación realizada por Dios en la muerte-resurrección de Cristo (cf. Hech 2,14-39; 4, 31)^[51].

María y la Iglesia están al servicio de la palabra. Para ambas "es bueno revelar las obras gloriosas de Dios" (Tb 12,117. Pero también en esto la Virgen Madre, María, ha precedido a la Virgen. Madre Iglesia. La fe, la docilidad al Espíritu, la gratitud y el ánimo, la prontitud solícita de la primera serán actitudes ejemplares' para la segunda, comprometida hasta el fin de los tiempos en manifestar a todas las gentes "la multiforme sabiduría de Dios, conforme al designio eterno que realizo en Cristo Jesús, Señor Nuestro" (Ef 3,10-11).

49. A la luz de las relaciones que existen entre la misión de la Virgen y el anuncio de la Palabra no es difícil, hermanos y hermanas, establecer algunas conclusiones de índole pastoral:

- no es posible apartar la piedad Mariana del compromiso misionero. Una piedad iluminada hacia Santa María nos debe hacer sensibles a los graves y urgentes problemas del anuncio de la Palabra; debe inducirnos a asumir con respecto a la Palabra, la misma actitud de María de Nazaret: la acogida llena de fe, que no se resuelve sin embargo en una posesión intimista, sino que se prolonga en proclamación llena de celo;

- es necesario que las expresiones de nuestra piedad Mariana estén impregnadas más de lo que están ahora, de la temática propia de la misión evangelizadora de la Iglesia;

- hay que valorar el método misionero que en el pasado dio tan excelentes resultados: ilustrar, desde el primer anuncio de la fe, el puesto singular de María en la historia de la salvación;

- es necesario que en la acción evangelizadora repitamos la actitud de la Iglesia en cada una de sus obras apostólicas: mirar a la Virgen que "en su vida fue modelo de amor maternal, del cual deben estar animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres"^[52].

FIDELIDAD A LA REFORMA LITÚRGICA

50. Nuestro Capitulo general está llegando a su conclusión mientras la Iglesia se apresta a conmemorar el vigésimo aniversario de la Constitución Sacrosanctum Concilium, promulgada el 4 de diciembre de 1963. Este documento ha tenido consecuencias de largo alcance en la vida de la Iglesia católica de rito latino. De él deriva la reforma Litúrgica posconciliar que debe ser considerada como uno de los mayores acontecimientos eclesiales del siglo XX. Nuestra Orden ha vivido intensamente la reforma litúrgica: con alegría, confianza y tensión.

Pero nuestra referencia a la Constitución Litúrgica no es conmemorativa. Nos referimos a ella porque creemos que sus principios son válidos y eficaces. A menudo solo esperan que se les ponga en práctica, porque ella ha inspirado la renovación de nuestra Liturgia y de nuestra piedad Mariana. El denso n. 103 ha dejado una huella significativa en el Cap. I de nuestras Constituciones^[53] y es que resulta imposible hablar de la piedad Mariana sin enmarcarla en el campo amplio de la Liturgia.

Religiosidad popular

51. Pero antes de iniciar la reflexión sobre las relaciones entre la piedad mariana y la litúrgica, creemos necesario hacer una alusión a la religiosidad popular. Esta ha sido a veces despreciada y objeto de grandes reservas. Se la presentaba, por ejemplo, como uno de los 'lugares' en los cuales fácilmente se produce una peligrosa dicotomía entre religión y fe.

En los años setenta la religiosidad popular ha sido objeto de numerosos estudios y de ella han tratado varias Conferencias episcopales y los mismos obispos de Roma. De este conjunto de estudios e intervenciones se ha derivado un importante acuerdo sobre la noción y los valores de la piedad popular. "Ella refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer; hace capaces de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe; compone un agudo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante; engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad, paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana despego, aceptación de los demás, devoción"^[54]. 'Pero la piedad popular presenta también límites y riesgos;

"Esta frecuentemente expuesta a la penetración de muchas deformaciones de la religión, es decir, a las supersticiones. Se queda, a menudo, a nivel de manifestaciones culturales sin llegar a una autentica adhesión de fe"^[55].

52. En el ámbito de la piedad popular, los fieles intuyen fácilmente el vínculo existente entre Cristo y María. Veneran con sencillez a la Virgen como la Inmaculada Madre de Dios; con alegría la reconocen como Madre de los hombres y viven su comunión con ella en términos de afectuosa relación materno-filial;

Comprenden vitalmente el significado de la pobreza de Marra y de su dolor. De Ella aprenden la paciencia y la benignidad, pero saben que Marra en su vida fue una mujer fuerte, que no estaba de parte de los poderosos; saben también que la Madre de Jesús es buena y que vive en el cielo cerca de su Hijo, y así recurren confiados a su intercesión e imploran su ayuda. Les gusta celebrar sus fiestas, dirigirse en peregrinación a sus santuarios, cantar en su honor.

53. Con frecuencia nosotros, los religiosos, entramos en contacto con culturas diversas de las de nuestro país de origen. Cuando eso sucede, es necesario asumir una actitud de respeto y de estima ante la piedad Mariana popular. La exige la 'cultura' del pueblo en la cual radica. Se necesita, pues, conocer las raíces culturales sobre las cuales se apoya la imagen 'popular', es decir, la que ese pueblo determinado tiene de María y las expresiones culturales en las cuales se manifiesta. Solo así podrán salir a la luz los valores de la piedad Mariana popular y será posible esa obra de 'purificación' que todos reclaman, pero que a menudo no se cumple o se lleva a cabo de manera equivocada: rechazándolo todo y en consecuencia desalentando a las personas y humillando la cultura de un pueblo. En el campo específico de la piedad Mariana, más que oponer piedad popular y liturgia, debemos favorecer la mutua y fecunda compenetración. Así, por una parte, la liturgia podrá encauzar con lucidez y prudencia la vitalidad y los valores de la piedad popular, y por otra, la religión del pueblo con

su gran riqueza simbólica y expresiva, podrá proporcionar a la liturgia pautas y materiales para su dinamismo creado^[56].

54. En estrecha relación con el tema de la piedad Mariana popular, aunque no del todo coincidente, está el de los ejercicios de piedad Mariana. Existen en efecto, ejercicios piadosos, por así decir, eruditos, que no tienen raíces populares.

Hace casi diez años la Sede Apostólica dirigía a los religiosos una precisa invitación para renovar los ejercicios de piedad Mariana: "Compete a las Conferencias episcopales, a los responsables de las comunidades locales y a las distintas familias religiosas, restaurar sabiamente prácticas y ejercicios de veneración hacia la Sma. Virgen y secundar el impulso creador de cuantos, con genuina inspiración religiosa o con sensibilidad pastoral, desean dar vida a nuevas formas"^[57]. Además de la invitación se ofrecieron orientaciones, criterios aptos para restituir el vigor a esos ejercicios piadosos^[58].

Parece, pues, justo preguntarnos: ¿cómo ha sido acogida esa invitación?: ¿qué se ha hecho? No tenemos elementos suficientes para dar una respuesta adecuada. Algunos Institutos han renovado sabiamente las expresiones de su piedad Mariana; tenemos, sin embargo, la impresión de que no es esto lo que ha ocurrido en la mayor parte de ellos. Pero la invitación permanece viva, intacta, pronta para ser acogida en cada momento.

No podemos adentrarnos en la problemática de la difícil convivencia entre ejercicios piadosos y acciones litúrgicas. Nos limitaremos a algunas observaciones:

- Pensamos que no ha penetrado suficientemente en nuestra praxis cultural la norma conciliar según la cual los ejercicios piadosos, "teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, se dispongan de modo que estén en armonía con la sagrada liturgia, en cierto modo se inspiran en ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza está muy por encima de ellos"^[59]. ¿Responden siempre a esta norma nuestros 'piadosos ejercicios Marianos'? ¿Son, introducidos o eco o, prolongación de las acciones litúrgicas? Desgraciadamente se tiene la impresión de que con frecuencia prosperan al margen de la liturgia;

- a nuestro parecer, el porvenir de los ejercicios piadosos Marianos depende en gran parte de su calidad y de su capacidad de llevar a cabo una, sana recuperación de formas válidas del pasado y aun más de responder a las instancias que poco a poco emergen en la vida eclesial;

- la distinción, aunque legítima, entre religiosidad popular y liturgia no debe llevarnos, a excluir prácticamente la nota 'popular' de la liturgia haciendo de esta última, más o menos inconscientemente, una expresión cultural de minorías selectas: Eso sería contrario a la naturaleza misma de la liturgia, que debe ser 'popular', es decir, propia del pueblo entero de Dios y apta para todos sus miembros.

La piedad Mariana en la liturgia

55. Pasando a tratar más directamente de liturgia y piedad Mariana' nos parece necesario recordar, y ante todo recordamos a nosotros mismos, que la liturgia es el lugar natural y más apropiado para la veneración de la Madre del Señor. Las celebraciones litúrgicas son, en muchas ocasiones y bajo muchos aspectos, memoria cultural de la Bendita entre todas las mujeres.

a) *En el culto de la Santísima Trinidad.* En la celebración de los divinos misterios, la veneración de la bienaventurada Virgen confluye y casi se anula en el culto que tributamos al Padre, al Hijo y al Espíritu. Allí, a nuestras voces impuras, se asocia la voz pura de Santa María para glorificar con nosotros a la gloriosa Trinidad.

b) *En la celebración del misterio pascual.* Al realizarse la acción litúrgica, la piedad Mariana se sumerge en la celebración del misterio pascual y se dispone a recibir el don del Espíritu, porque cada genuina acción litúrgica es -en diversos modos y medidas- actualización de la Pascua del Señor y efusión de la gracia del Espíritu.

c) *En la memoria de la historia de la salvación.* En la liturgia, la piedad Mariana encuentra su sitio más adecuado: la historia de la salvación condensada y vivida por la Iglesia en el signo del Año litúrgico. Así, en la celebración anual del misterio de Cristo -del Adviento a la

Parusía- la figura de Santa María retoma, ya como anuncio profético en palabras, figuras, hechos del Antiguo Testamento, ya como presencia activa de la Madre junto al Hijo en acontecimientos de inmenso alcance salvífico -la Encarnación-Navidad-Epifanía, la Pascuales-, o bien como proyección dinámica hacia las realidades últimas, que en Ella ya se han cumplido.

d) *En la escucha de la Palabra.* En la liturgia, la piedad Mariana se encuentra con la Palabra de Dios. La celebración del Misterio, por la presencia del espíritu, es el espacio privilegiado para la proclamación y la interpretación de los textos bíblicos referentes a María de Nazaret. De este modo, sobre el tema particular de María se proyecta cada año la luz de toda la revelación, ya que, en el texto bíblico, cada palabra remite a todas las demás y en el ritmo cíclico las interpretaciones tradicionales se entrelazan con las nuevas intuiciones.

e) *En la Comunión de los Santos.* En la liturgia, María no se celebra aisladamente sino en la Comunión de los Santos; allí aparece Ella en unión vital con sus progenitores, con los mártires, las vírgenes, y los innumerables discípulos que a lo largo de los siglos han dado testimonio de Cristo. En este ámbito, la Virgen aparece progresivamente como hija de Adán, hermana nuestra, madre de los discípulos; su figura adquiere proporciones justas su misión se pone de relieve en lo que tiene de único y exclusivo, su relación con la Iglesia se enuncia con variedad de aspectos. Más aun, todo el cosmos está unido a Cristo, todo proviene de él (cf. Jn 1,2; Col 1,16), por Él y en Él ha sido salvado, a Él se le debe reconducir para que lo ofrezca al Padre (cf. 1 Cor 15, 23-28). Para la liturgia María es el fragmento del cosmos que el Espíritu ha devuelto ya cumplidamente a Cristo. Ella está definitivamente inserta en Cristo, "primogénito de toda creatura" (Col 1,15), Y está unida con el resto de la creación, que el Espíritu va reconduciendo a Cristo, precisamente a través de la celebración del Misterio.

f) *En la espera de la Parusía.* En la celebración de los santos misterios, la piedad Mariana adquiere una dimensión esencial de la liturgia: la escatológica. La liturgia, en efecto, es proyección incoercible hacia las 'realidades últimas'; es vigilante espera del Señor que ha venido, viene y vendrá; en ella resuena con ritmo frecuente la imploración última de la Revelación: "Ven Señor Jesús" (Ap 22,20). Considerada en la perspectiva escatológica, la Virgen aparece como Santa María del triple Adviento: esperó, en efecto, la venida del Mestas -plenitud de los tiempos, que en ella coincidió con el tiempo del Parto (nacimiento de Cristo)-; esperó la venida del Espíritu que se cumplió el evento pentecostal (nacimiento de la Iglesia) esperó la venida gloriosa de Cristo, que para Ella se realizó en la ascensión al cielo de su cuerpo y de su alma virginales (nacimiento de María a la vida celeste).

56. A la luz de la extraordinaria capacidad de la liturgia para colocar en un cuadro eficaz y significativo las expresiones de veneración de Santa María, se comprende la exhortación conciliar para promover "*el culto, sobre todo litúrgico, hacia la bienaventurada Virgen*"^[60]; y, por el contrario, no se comprende la desatención hacia la liturgia de muchos agentes pastorales que pretenden favorecer la piedad mariana. A este propósito, hermanos y hermanas, deseamos manifestaros hasta el fondo nuestro pensamiento: el actual despertar en la piedad Mariana podría resultar anómalo si se ignorase o se descuidase la matriz litúrgica. Queremos ahora expresar nuestra adhesión a dos propuestas presentadas por algunos obispos y por varios estudiosos:

- que de modo discreto y sabio se explicita en la liturgia romana del Triduo pascual un elemento que le es intrínseco: la participación de la Madre en la pasión del Hijo^[61]. Es algo conforme con la naturaleza íntima de la liturgia, que es celebración de los acontecimientos salvíficos en su totalidad; es conforme a la narración evangélica (cf. Jn 19,25-27), que muchos exegetas interpretaron como un enunciado bíblico, en sentido propio, de la maternidad espiritual de María; está en consonancia con la tradición litúrgica si se tienen en cuenta a este respecto las correspondientes celebraciones del rito bizantino y de otros ritos orientales^[62]; Y finalmente responde a las expectativas de los fieles. No acoger este deseo podría llevarnos a acentuar la separación entre liturgia y piedad popular allí donde, al contrario, parece posible y legítimo un fecundo intercambio;

- que se salvaguarde el carácter propio de los Cincuenta días pascales. En la disposición litúrgica aquellos días comprendidos entre dos efusiones del Espíritu (cf. In 20,19-23 y Hch

2,1-12), son tiempo del Paráclito: reverberación y prolongación de los misterios celebrados en la Noche sacratísima, contemplación de Cristo resucitado y de su gloria a la derecha del Padre, memoria actualizante del acontecimiento pentecostal. En el tiempo pascual, la piedad Mariana no debe ser ocasión, ni siquiera indirecta, para desviar la atención de los fieles de estos misterios salvíficos. Debe, al contrario, mostrar la potencia de la Pascua de Cristo y el don del Espíritu operantes en María. Por otra parte, es deseable que la liturgia pascual, sobre el hilo conductor del dato bíblico (cf. Hch 1,14), desarrolle culturalmente la arcana relación existente entre el Espíritu, la Iglesia y María^[63].

Silencio de la Virgen y silencio litúrgico

57. Con estas notas ciertamente no hemos agotado el tema de las complejas relaciones entre 'liturgia y piedad Mariana'. Solamente hemos querido manifestar la necesidad de permanecer fieles al Espíritu de la liturgia y a los principios de la reforma promovida por el Concilio Vaticano II. Y precisamente por fidelidad a la reforma litúrgica, que ha subrayado su función^[64], queremos aludir al valor del 'silencio' en las manifestaciones de la piedad Mariana, sean litúrgicas o extralitúrgicas. A ellos nos incita la fisonomía espiritual de la Virgen, la naturaleza auténtica de la liturgia, el estilo genuino de la vida religiosa.

58. El estilo de la Virgen. Estamos persuadidos de que las manifestaciones de la piedad Mariana deben tener, por así decirlo, el estilo mismo de la Virgen: estilo hecho de escucha, de reflexión sapiencial de silencio.

A los Padres de la Iglesia les agradaba decir que desde el infinito silencio de Dios fue engendrada la Palabra eterna; y que también desde el silencio del corazón de la Virgen manó la palabra *-fiat-* premisa humana de la encarnación del Verbo.

La doble anotación lucana sobre el silencio reflexivo de la virgen (cf. Lc 2,19.51b), ha sido objeto de diligente estudio por parte de los exegetas contemporáneos y de amorosa atención por parte de hombres espirituales de todos los tiempos^[65]. Abre profundas espirales sobre la vida interior de la Virgen: en su silencio, María se nos presenta como la mujer sabia que recuerda y actualiza, interpreta y confronta, a la luz de la realidad pascual, palabras y hechos acaecidos en el nacimiento y en la infancia del Hijo; la mujer que se interroga sobre el significado de las palabras oscuras, sobre las cuales se proyecta la sombra: de la cruz (cf. Lc 2,34-35; 48-50), y acoge los silencios de Dios con su silencio adorante.

En el silencio, el corazón de la Virgen aparece como arca en la cual se conserva la "memoria" de las intervenciones de Dios en la historia de Israel; como lugar en el cual atraídos por la reflexión, confluyen los tiempos de 'antes' -de Adán, de Abraham, de David- y del cual parte el tiempo de 'después' -de Cristo y de la Iglesia-; como *tierra* en la cual ha sido sembrada la buena semilla que dará frutos abundantes o *cofre* donde están custodiadas palabras de las cuales el Espíritu dará progresivamente a la Virgen misma y a la Iglesia la inteligencia plena y donde está depositada la Ley del Señor, luz y norma de vida.

59. El valor ejemplar de la actitud reflexiva de la Virgen en orden de la misión eclesial de la penetración de la Palabra ha sido ya puesto eficazmente en evidencia: María "Madre muda del Verbo silencioso [...] prefiguraba esa larga sucesión de recuerdo y de intensa rumia que constituye el alma de la Tradición de la Iglesia"^[66]. Pero podemos extender este valor ejemplar a la celebración de los divinos misterios. Allí la Iglesia proclama la Palabra de Dios que sólo en la escucha atenta y en la reflexión penetrante puede ser comprendida vitalmente; allí ella celebra bajo el velo de los signos sagrados los acontecimientos de nuestra salvación: un velo que solo se descorre si la mente se abre al Misterio, si la voluntad se ajusta al designio de Dios, si la voz concuerda con el corazón^[67].

60. En la liturgia el silencio no es expresión de inercia, sino elemento estructural de la celebración. Favorece el recogimiento del cual brota la oración personal; consiente que la oración del que preside venga a ser con verdad y autenticidad oración de toda la asamblea; facilita la asimilación de la Palabra proclamada y la escucha de la voz del Espíritu; es ámbito sagrado que introduce en la adoración y en la alabanza de Dios.: "Tibi silentium laus", según

el lema de sabor bíblico^[68]. Pero hay más: la celebración Litúrgica es celebración "in Spiritu", y el silencio -signa bíblico y litúrgico del Paráclito^[69]- es también camino para la comunión con el Espíritu que actúa en los divinos misterios y, a través de Él, para la comunión con los participantes en la asamblea cultural.

61. El silencio ha sido siempre apreciado como un elemento cualificante de la vida monástico-religiosa, un medio particularmente eficaz para progresar en el camino de la identificación con Cristo. No hay regla monástica o texto constitucional que no haga referencia a la importancia del silencio. Si en los textos legislativos leemos, por ejemplo: "... debemos buscar en el silencio de la celda un medio para conocernos, liberarnos del egoísmo y adquirir esa actitud de amor a Dios y a las criaturas que constituye la meta de nuestro camino religioso"^[70], el actual magisterio de la Iglesia afirma, a su vez: "La búsqueda de la intimidad con Dios lleva consigo la necesidad verdaderamente vital de un silencio de todo el ser, tanto para quienes deben encontrar a Dios incluso en medio del bullicio, como para los contemplativos"^[71]. Así pues, el silencio que jamás debe abandonar el religioso en el desarrollo de sus diversas actividades, ha de envolverlo con mayor razón cuando participa en la sagrada liturgia.

62. De esta convergencia de indicaciones se desprende una doble conclusión:

- la Virgen del silencio y de la escucha constituye una invitación a interiorizar la Palabra y a celebrar la liturgia penetrando su misterio;

- nosotros, religiosos y religiosas, estamos llamados a imprimir a nuestras celebraciones Marianas un tono y un estilo que favorezcan el silencio reflexivo; a envolverlas, por decirlo así, en aquel santo signa del silencio, que hace íntimo lo Trascendente, audible el gemido del Espíritu, experimentable la presencia de la Palabra.

63. Conversando sobre los modos con los cuales nosotros, religiosos, podemos concurrir a la promoción cualitativa más que cuantitativa del culto a la Virgen, no es difícil indicar uno, que no es nuevo precisamente sino que pertenece a nuestra 'herencia familiar': - hacer de la piedad Mariana un espacio santo y una ocasión propicia para la contemplación de la Belleza increada -Dios-, de su esplendor divino humano -Cristo-, de la obra principal del Espíritu de Belleza -la Virgen María-;

- hacer de la piedad Mariana un lugar propicio Para el encuentro festivo de todas las expresiones la creación artística.

64. Dios, el Santo y el Viviente, es la Belleza suprema. Su palabra es poética, es decir, creativa. De la nada hace surgir el ser, del caos la armonía, de las tinieblas la luz. Las obras de sus manos son 'hermosas-y-buenas', seguir el sentido pleno de la expresión usada en la narración bíblica de la creación (cf. Gn 1,9.12.25.31)^[72]. Y cuando a través de su Santo Espíritu habla a los hombres con el lenguaje de los hombres, su palabra es en sí misma altísima poesía y reviste con frecuencia las formas literarias más deslumbrantes.

Quisiéramos detenernos, hermanos y hermanas, en la contemplación de la belleza de Cristo, pero debemos abreviar nuestra reflexión. Nos limitaremos a contemplar la belleza en su ser, que es irradiación de la gloria del Padre e impronta de su substancia (cf. Heb 1,3), y en el esplendor de la luz que lo envuelve (cf. Mc 9,2-3); a recordar, guiados por los Santos Padres, que a Cristo se refiere el elogio hecho a la Sabiduría "más hermosa que el sol (Sab 7,29), "reflejo de la luz eterna, espejo sin mancha de la actividad de Dios e imagen de su bondad" (ibid. 26); la alabanza de las facciones del Amado, por lo cual la Esposa exclama: "Que hermosa eres, Amado mío" (Ct 1,16); la celebración de la figura del Rey mesiánico: "Eres el más bello entre los hijos de los hombres, en tus labios se derrama la gracia, Dios te ha bendecido para siempre" (Sal 44 (45), 3).

65. No es ningún secreto: frente a la belleza suprema que refulge en la Virgen, el creyente se llena de estupor: "¿Cómo cantar tus alabanzas, Santa Virgen María?", se interroga la liturgia^[73].

No sin emoción, cada año releemos en el oficio del Jueves Santo un antiquísimo texto -la Homilía pascual de Melitón de Sardes (+ 190 ca.)- en la cual María es llamada la "hermosa, cordera"^[74]. Y observamos con alegría cómo los hermanos de oriente, tan sensibles al misterio de la belleza, llaman al Espíritu Santo el Iconógrafo divino y creen que el 'Icono' obra maestra de Dios es la gloriosa Theotokos: "Queriendo crear una imagen de la belleza absoluta -escribe Gregorio Palamas (+ 1359)- y manifestar claramente a los ángeles y a los hombres la potencia de su me, Dios ha hecho a María verdaderamente toda hermosa. Ha reunido en Ella las bellezas particulares distribuidas en las demás criaturas y la ha constituido como ornamento común de todos los seres visibles e invisibles"^[75].

Y viniendo a nuestros tiempos, en la Iglesia latina podemos escuchar la voz de un Obispo de Roma, Pablo VI (+ 1978) quien, como es sabido, invitó a los estudiosos de la mariología a no descuidar el "camino de la belleza"^[76]. Vela en María, "una obra maestra de la belleza humana, no buscada únicamente en el modelo formal, sino realizada en la intrínseca e incomparable capacidad de expresar el Espíritu en la carne, la semblanza divina en el rostro humano, la Belleza invisible en la figura - corpórea "^[77].

Camino de compromiso ascético

66. Para completar ahora nuestra reflexión creemos oportuno añadir algunas observaciones.

Antes que nada, es preciso superar toda perplejidad sobre la naturaleza de la *via pulchritudinis*. No consiste en un ejercicio intelectual ni es un camino reservado a los espíritus refinados. "El camino de la belleza" es camino de severo compromiso ascético. Filocalia, es decir, "amor a la belleza", se titula significativamente uno de los libros de ascesis más difundidos en el Oriente cristiano.

El descubrimiento y la fruición de la belleza suponen la victoria en nosotros, a menudo lograda con fatiga de la verdad sobre la mentira, de la bondad sobre la maldad, del amor sobre el odio. Implican la superación de las divisiones y laceraciones para que lo más íntimo de nuestro ser se haga unidad y armonía.

La belleza es esplendor de la bondad y de la verdad. Por eso María es hermosa. Es bella cuando, con espíritu humilde (bonitas) y con palabra, verdadera (veritas), acoge la voluntad de Dios y se deja poseer por el Espíritu de paz; cuando en su regazo virginal se recompone la unidad entre Dios y el hombre, la tierra y el cielo; cuando con su sencillez y su humildad borra una antigua doblez y una soberbia insensata.

María es hermosa porque el Espíritu la ha preservada del dominio del pecado. El título de Toda-Santa, típico de la Tradición Oriental y de *tota pulchra*, característica de la liturgia romana, designan la misma realidad y tienen la misma motivación: en María no hay mancha del pecado^[78].

El "camino de la belleza" es camino de iluminación y esfuerzo de transparencia; es lucha contra el pecado en el cual los Santos Padres y la liturgia ven la suma fealdad; es progresiva liberación del mal y creciente inmersión en la verdad y santidad de Dios. Por todo esto el camino de la belleza se configura como 'camino de salvación'.

Camino adherido a la Palabra

67. Luego hay que poner de relieve que "el camino de la belleza", adherido a la Palabra, permite integrar en una única visión armónica la figura evangélica de María con los enunciados de la fe que a ella se refieren. Como Pablo ve en Jesús, "nacido de mujer, nacido bajo la ley" (Gal 4,4), al Hombre nuevo (cf. 1 Cor 15,45) y al Señor de la gloria (cf. 1 Cor 2,8), así la Iglesia ha intuido en María de Nazaret, la mujer humilde, o la Mujer nueva preparada por Dios para Cristo y para la humanidad. En María, la "mujer real" y la 'mujer ideal' coinciden. El creyente, sostenido por la fe, contempla realizados en María sus más altos ideales religiosos y humanos:

- en Ella, en su Concepción Inmaculada, ve restituida la humanidad a la inocencia originaria y a la belleza primigenia, y cumplido el símbolo de la 'virgen tierra';

- en Ella, en su fidelidad a Dios, descubre el vértice espiritual de Israel, la imagen de la Alianza no quebrantada;

- en Ella, en su docilidad al Espíritu, contempla el ideal del discípulo, ve la trama más pura del diálogo entre Dios y el hombre, la relación más armónica entre naturaleza y gracia;
- en Ella, en su maternidad virginal, ve realizado el ideal de la Esposa fiel, de la Virgen íntegra, de la Madre fecunda; admira, hecha realidad, la aspiración imposible: la unión del honor de la virginidad con el gozo de la maternidad^[79]; y se asombra de ver realizado en el fruto de esta maternidad el otro prodigio: Dios en el hombre y el hombre en Dios;
- en Ella, en su piedad benéfica, ve colmada la espera de cada hombre herido por el dolor o por el mal: encontrar el abrazo de la madre que lo acoja, lo comprenda, lo regenere;
- en Ella, en su Asunción gloriosa, contempla realizada su aspiración más íntima: la superación de la muerte en la vida; y descubre el signo de una "esperanza accesible a todos"^[80].

68. Esta "imagen" de la Virgen no es -como a veces se lee- el resultado de una objetivación inconsciente de las aspiraciones profundas del hombre, ni el fruto de una cristianización sistemática de mitos paganos. Es 'imagen' diseñada por el Espíritu para expresar un don de Dios a los hombres; es documento fácilmente inteligible del modo por el cual Dios, que ha hecho al hombre a su imagen (cf. Gn 1,26-27), responde a las necesidades del corazón humano; es, en fin, transcripción de los datos de la Sagrada Escritura con el lenguaje de la fe y de la poesía.

En este campo debemos guardarnos, hermanos y hermanas, de la ficción literaria: esta separándose de la Palabra, permanece estéril y es engañosa. Pero, según los Santos Padres, debemos apreciar la mirada poética que, sostenida por la fe, se posa sobre la Palabra. Tal mirada, intuitiva y penetrante, se transforma en palabra Poética, que hace audibles a los hermanos en la fe vibraciones escondidas en la Palabra divina.

69. Nos parece importante, sin embargo, poner de relieve que la 'imagen de María' no retiene en sí la mirada y la palabra que a ella se dirigen. Al contrario, las envía hacia la 'imagen Cristo', hacia la 'imagen Iglesia', hacia el Artífice divino:

- hacia Cristo, la única y plena 'imagen de Dios invisible' (Col 1,15), la única que realiza la armonía perfecta;
- hacia la Iglesia, porque la 'imagen María' es anticipación de la 'imagen Iglesia' que Dios realiza y en el curso del tiempo salvífico. Así, la mirada dirigida a la imagen de María, madre de la Luz, se prolonga en 'una mirada hacia la "Mujer vestida del sol" (cf. Ap 12,1), la Iglesia, que engendra a los miembros del Cristo total. Como también la mirada dirigida a María, Virgen Esposa resplandeciente de belleza, se prolonga en la contemplación de la Jerusalén celestial, la Iglesia que desciende de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo" (Ap 21,2).
- hacia el Artífice divino, porque todo discípulo del Señor, habituado a deducir de la belleza de la creación la inefable belleza del Creador, cuanto más contempla la arcana belleza de María, tanto más es inducido a magnificar la insondable belleza de Dios.

70. Creemos que los religiosos, por la tradición de la cual somos portadores, debemos cooperar activamente en el esfuerzo de hacer operativas algunas exigencias de la vía pulchritudinis:

- la revalorización del lenguaje simbólico y de la Poética bíblica; la educación en la mirada Poética y en el gusto artístico; el recurso a la intuición; la solícita reconciliación del Arte con la Fe. Así, el 'misterio del culto' volverá a fecundar las expresiones artísticas;
- la eliminación de los signos a través de los cuales expresamos nuestra piedad Mariana -el signo espacio, el signo palabra, el signo canto, el signo color ... - de todo lo que es feo y oleográfico, repetitivo y ficticio.

71. Decíamos, hermanos y hermanas, que el camino de la belleza no es camino reservado a los especialistas: "es accesible a todos, también a las almas sencillas"^[81], sobre todo a los limpios de corazón que captan la belleza "de los lirios del campo" y con Jesús comprenden que "ni siquiera Salomón, con toda su gloria, vestía como uno de ellos" (Mt 6,29). Camino,

añadimos, preferencial para los religiosos, que san Agustín, al final de su Regia, llama "enamorado de la belleza espiritual"^[82].

El 'camino de la belleza' es, en fin, un 'camino filial': los hijos, en efecto, por costumbre de vida y por disposición de amor, descubren en la propia madre rasgos de profunda belleza, que a otros quedan ocultos. Por eso, ya que con Jesús, "primogénito entre muchos hermanos" (Rm 8,29), llamamos a María madre' -aunque en un plano diferente nos parece posible apropiarnos las palabras que el beato Amadeo de Lausana (+ 1159) pone en labios del Hijo alabando a la Madre: "Tú eres toda hermosa, oh madre mía, y en ti no hay mancha alguna" (Ct. 4,7). Ti eres hermosa, le dice: hermosa en los pensamientos, hermosa en las palabras, hermosa en las acciones; hermosa desde el nacimiento hasta la muerte, hermosa en la concepción virginal, hermosa en el parto divino, hermosa en la purpura de mi pasión; hermosa, sobre todo, en el esplendor de mi resurrección"^[83].

72. Cristo es nuestra verdadera y suprema riqueza. Sin Cristo todo es para nosotros suma miseria. Frente a El y por las exigencias del Reino todo es secundario: padre y madre, esposa e hijos, hermanos y hermanas, patrimonio y basta la propia vida (cf. Lc 14,26-33) Quien antepone aunque sea uno solo de estos valores al valor Supremo -Cristo y el Reino- no puede ser discípulo del Señor. Y dado que el apego a los bienes de este mundo endurece de hecho el corazón del hombre hasta cerrarlo a la persona misma de Cristo (cf. Lc 18,18-27) Y hacerlo insensible a las necesidades de los hermanos (cf. 1Jn 3,17; St 2,14-16; Lc 16,19-21), se comprende por qué los Evangelios y las Canas Apostólicas previenen con tanta insistencia y con tanta energía a los discípulos del peligro de poner las riquezas en el centro de la propia vida.

Porque cuando esto sucede se incurre en una grave forma de idolatría: en el lugar de Dios, amor que se difunde en los corazones (cf. Rm 5,5) se adora al ídolo del oro y de la plata -" injusta riqueza" - (Lc 16,9)-, estéril y encerrado en tenebroso egoísmo. Y se comprende por qué el apóstol amonesta: "El apego al dinero es la raíz de todos los males" (1 Tim 6,10).

73. Jesús no condenó los bienes de este mundo. Pero, en contraposición con las formas de vida dominadas por el ansia de riquezas, eligió para sí una vida marcada por una pobreza radical. El mismo acontecimiento de la Encarnación por la que el Verbo asume la "condición de siervo" (Flp 2,7), se configura como un misterio de pobreza y de kenosis. Por lo demás, el Apóstol, escribiendo a los corintios, aclara el sentido último de la pobreza de Cristo: "Conocéis la gracia del Señor nuestro Jesucristo: siendo rico se hizo pobre por vosotros, a fin de que os enriquecierais con su pobreza" (2 Cor 8,9). No es necesario indagar mucho en los Evangelios para descubrir la pobreza de Cristo. Salta a los ojos: nació pobre (cf. Lc 2,7), pobremente vivió (cf. Lc 9,58), pobremente murió (cf. Mc 15,24); del mundo de la Buena Noticia a los pobres hizo el signo para reconocer la venida del Reino mesiánico (cf. Lc 7,22); proclamó dichosos a los pobres de espíritu, declarando que de ellos es el Reino de los cielos (cf. Mt 5, 3); quiso que los heraldos del Reino no se procurasen oro, ni plata, ni moneda de cobre, ni alforja para el camino (cf. Mt 10, 9-10).

74. Análogamente, la Madre de Jesús, en lo concreto de su aventura evangélica, aparece ante nuestros ojos como una mujer pobre cuya vida estuvo marcada por una doble pobreza: pobreza según las categorías sociológicas y pobreza según las categorías de Reino, en Ella armónicamente coincidentes.

75. La pobreza sociológica de María es patente a la mirada del lector de los Evangelios. María nace pobre en la despreciada región de Galilea -la semipagana "Galilea de los gentiles" (Mt 4,15)-, en Nazaret, una aldea que no cuenta nada en La historia de Israel (cf. Jn 1,46;7,52); es prometida como esposa a José, un humilde carpintero (cf. Lc 1,27; Mt 13,55); da a luz a su Hijo en una gruta-establo y lo acuesta "en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón" (Lc 2,7); lo rescata con la ofrenda de los pobres (cf. Lc 2,24); cuando el Hijo es perseguido por los poderosos debe huir a un país extranjero, donde conoce las incomodidades del exilio (cf. Mt 2,13); de regreso a Nazaret, vive oscuramente por muchos años la vida de los pobres; durante la vida pública de su Hijo nada modifica su condición de

sencilla mujer de pueblo, aumenta en cambio su participación en el misterio del "signo de contradicción": experimenta la hostilidad de los conciudadanos con su Hijo: "le arrojaron fuera de la ciudad y le llevaron a una altura escarpada del monte [...] para despenarle" (Lc 4,29); constata la incompreensión de los mismos parientes "los suyos [...] fueron a hacerse cargo de él pues decían: 'esta fuera de sí" (Mc 3,21); vive el drama de la muerte del Hijo, crucificado entre dos malhechores, uno a la derecha y el otro a la izquierda" (Lc 23,33).

76. Pero María se distingue sobre todo por la intensidad con la cual vivió la espiritualidad de los 'pobres de Yahvé'. La Virgen "sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de Ella salvación^[84]:

- mujer dichosa en el servicio del Señor (cf. Lc 1,38.46-48), fiel a la observancia de la ley (cf. Lc 2,22-24.27.39), dócil a la voluntad de Dios (cf. Lc 1,38);

- mujer presurosa en busca de Isabel, se presta a ofrecerle su ayuda, a alegrarse con ella por el don de la maternidad, a proclamar la gratuidad de los dones de Dios (cf. Lc 1,39-56);

- mujer bienaventurada por su fe (cf. Lc 1,45), bendita por el fruto de su seno (cf. Lc 1,42), ejemplar por la confianza en el cumplimiento de las promesas hechas a los Padres (cf. Lc 1,55);

- mujer del saludo santificante (cf. Lc 1,40-41.44), del canto agradecido (cf. Lc 1,46-55), de la palabra decidida (cf. Lc 1,38; Jn 2,5), del silencio reflexivo (cf. Lc 2,19.51b);

- mujer partícipe de la suerte de su pueblo (cf. Lc 1,54), solidaria con los humildes de corazón -Simeón y Ana, los pastores y los Magos venidos de lejos- y con los oprimidos (cf. Lc 1,52-53; Mt 2,16-18), atenta a las necesidades del prójimo (cf. Jn 2,3) y solícita hacia la nueva comunidad de los discípulos de Jesús (cf. Jn 2,1-12; Hch 1,14);

- mujer de corazón humilde, sencillo, confiado en Dios (cf. Lc 1,48) que, habiendo recibido misericordia, proclama la misericordia del Señor y exalta su potencia liberadora (cf. Lc 1,51-53).

77. Sabemos que la credibilidad de las iglesias locales y de los Institutos religiosos se juega en gran parte en la autenticidad de su testimonio de pobreza evangélica. Nadie está dispensado de presentar tal testimonio, testimonio exigido de un modo u otro a todos los discípulos del Señor. Y por lo que toca a los religiosos, sabemos que "sobre este punto nuestros contemporáneos" nos "interpelan con particular insistencia"^[85].

Después de haber contemplado la figura evangélica de María, "mujer pobre", sentimos que también de ella nos llega una apremiante invitación a realizar una clara opción en favor de los pobres y a esforzarnos seriamente por vivir una vida sobria, libre de posesiones y de poderes, participando de las privaciones de una pobreza efectiva.

Respecto a la piedad Mariana, nuestras reflexiones nos han llevado a la siguiente conclusión: si se quiere que el culto a la Santísima Virgen no se pierda en lo abstracto, ni sea confinado en dimensiones puramente individuales, debe estar penetrado por los contenidos del mensaje evangélico sobre la pobreza. Queremos decir: debe ser ocasión para predicar a aquellos que son sociológicamente ricos y a los que son sociológicamente pobres el único *evangelium paupertatis*, es decir, la subordinación de los bienes de este mundo a los valores del Reino y su primordial destino al servicio y a la promoción del hombre. Debe ser momento cultural para el anuncio del mensaje del Magníficat y de las Bienaventuranzas, para el rechazo de todo "compromiso con cualquier forma de injusticia social"^[86] y para la denuncia de toda forma de opresión de los pobres; ámbito orante para alegrar los corazones desconfiados hacia Dios que "levanta del polvo al desvalido y alza de la basura al pobre" (Sal 112 [113], 7) y para escuchar el "grito de los pobres" (Job 34,28), que se eleva más acuciante que, nunca [...] desde el fondo de su indignancia personal y su miseria colectiva^[87]; debe ser advertencia, para no presentar ciertas situaciones, sociales como expresión de la 'voluntad de Dios', cuando son solamente efecto de los pecados de los hombres. En esta actitud cultural -de confianza en Dios y denuncia de la injusticia- nos ha precedido María Nazaret. Su himno de acción de gracias no es ciertamente una proclamación de mesianismo terreno ni un grito de revuelta social, pero tampoco es una plegaria desencarnada. Es canto de liberación nacido de la fe; memoria de las intervenciones de Dios en la historia; palabra dicha para quienes no

aceptan pasivamente las adversas circunstancias de la vida personal y social ni son víctimas de la alienación' como se dice hoy- sino que proclaman con Ella que Dios "enaltece a los humildes" y "derriba a los potentados de sus tronos"^[88].

LA CUESTIÓN FEMENINA

78. "Dios envió a su Hijo, nacido de mujer" (Gal 4,4) escribe Pablo queriendo probablemente aludir al anonadamiento del Verbo que, en la encarnación, se hizo semejante a nosotros en todo menos en el pecado (cf. Heb 4,15). "María es mujer", escriben los obispos latinoamericanos queriendo subrayar sin duda que Dios en María ha elevado a sublime dignidad la condición femenina^[89]. En los casi dos milenios que corren entre estas dos afirmaciones, se articula la larga y atormentada 'cuestión femenina', en la sociedad civil y dentro del cristianismo. No podemos, en esta reflexión, trazar las etapas de su desarrollo histórico ni mucho menos afrontar los numerosos y graves problemas que hoy se presentan a propósito de la condición femenina en la sociedad y en la Iglesia. Sólo queremos recoger algunas indicaciones provenientes de muchas partes, y encaminadas a aquella piedad mariana, conservando su fisonomía y finalidad propias, llegue a ser también ocasión para una contribución válida y a la causa de la promoción de la mujer.

79. Los textos evangélicos hablan de la pobreza de María, sin aludir a una situación suya de marginación. Pero nada nos autoriza a pensar que no haya compartido la suerte de las mujeres de su tiempo y de su tierra: ser siervas de sus maridos, ver cerrado el camino al más mínimo progreso cultural, encontrarse sin voz en la vida social y política, sentir sobre sí como una condena atávica la infelicidad de ser mujer^[90].

Con todo, Dios se dirige a esta mujer marginada, saltándose -permítasenos la expresión- las estructuras de la cultura judaica y los juicios de los hombres, para obrar en ella "cosas grandes" (Lc 1,49) Y para María como interlocutora cualificada en un momento culminante del diálogo de la salvación. En este proceder de Dios tenemos una indicación del estilo y del método que no podemos descuidar. E, interpretándolo a partir de los presupuestos de la fe, el 'diálogo de Nazaret' se nos presenta como el momento más pleno y el punto más alto del feminismo en la historia de la salvación.

Esta mujer marginada ha sido llamada a ser en la Iglesia "una presencia y un sacramental de los rasgos maternos de Dios", como se expresa la III Conferencia del Episcopado latinoamericano^[91]. "En ella sigue el documento de Puebla- el Evangelio ha penetrado la feminidad, la ha redimido y exaltado [...]. María es garantía de la grandeza femenina mostrando la forma específica del ser mujer con esa vocación de ser alma, entrega que espiritualice la carne y encarne el espíritu"^[92]

80. Como ya hemos dicho, no podemos hacer aquí un análisis de la condición femenina en el mundo contemporáneo. Tal condición varía notablemente de un lugar a otro. En algunas regiones subdesarrolladas la situación de la mujer no ha cambiado mucho desde los tiempos de María de Nazaret; en otras en cambio -sobre todo en los países industrializados-, la mujer se encuentra liberada en el plano teórico y jurídico de muchas opresiones antiguas, pero en realidad gravan aun sobre ella prejuicios y condicionamientos seculares. Simplificando los datos de la cuestión podemos decir que los objetivos de la 'emancipación' y de la 'liberación' de la mujer son actuales en todas partes, aunque por motivos diferentes, y que el 'movimiento feminista' y el movimiento femenino, tan variados en sus manifestaciones y en sus matrices culturales y filosóficas, mantienen todavía su razón de ser en orden a la consecución de aquellos objetivos.

81. Llegados a este punto, sentimos que la mirada cultural que dirigimos a nuestra Hermana María de Nazaret debe prolongarse en una mirada llena de respeto y de interés hacia la situación de opresión que experimentan tantas mujeres. La piedad Mariana no puede, ciertamente, ni en este ni en otros campos, asumir tonos y posiciones demagógicas, pero tampoco puede desentenderse de una cuestión que ya Juan XXXIII veía como urgente a

través de los 'signos de los tiempos'^[93]. Por esto creemos que la piedad Mariana, puede, a partir de los datos de la fe, injertarse eficazmente en el proceso de promoción de la mujer.

82. Ante todo, la piedad Mariana esta llamada a favorecer la recuperación de la visión cristiana de la mujer y de su misión allí donde sea preciso y concretamente:

- a ilustrar el significado, la belleza, la fecundidad de la virginidad consagrada por el Reino;
- a proponer de nuevo con alegría los valores profundos de la vocación a la maternidad, entendida como misteriosa participación en el proyecto creador de Dios allí donde la naturaleza recibe aún su soplo vivificante, como inmersión responsable en la corriente de la vida al servicio de la Humanidad y de la Iglesia, como realización no egoísta de la propia personalidad;

- a restituir a la mujer el sentido de su dignidad, de su "diferenciación funcional dentro de la identidad de naturaleza [...] respecto al hombre"^[94], de su originalidad fascinante y de su capacidad de afirmación;

- a devolverle la 'memoria histórica' que la ayudara a superar el sentido de inferioridad para reconocerse protagonista de muchas empresas memorables -de progreso, de libertad, de santidad- en la historia humana y en la historia de la salvación.

83. Así pues, la piedad Mariana, según las estructuras que le son propias –la fuerza de la oración, las profundas convicciones que poco a poco se forman en el corazón y después se traducen en actos... -, puede favorecer el reconocimiento pleno de los derechos civiles de la mujer en paridad con los del hombre, así como el ejercicio práctico de los mismos en la vida profesional, social y política^[95]. La cuestión es delicada, pero en este campo tampoco podemos rechazar apriorísticamente la escucha de las propuestas que provienen de los movimientos feministas, incluso de los de origen no cristiano. En efecto, hay que discernir con sabiduría apostólica (cf. 1 Ts 5,21) lo que en ellos es aceptable desde el punto de vista de la Revelación y lo que no es conforme con la divina Palabra. Así, aunque no podemos aceptar algunas propuestas radicales que afloran a veces -por ejemplo el rechazo de la institución matrimonial-, si podemos compartir la denuncia de tantos proyectos engañosos de comercialización de la mujer puestos en práctica por la sociedad de consumo.

En la Iglesia

84. Creemos que la investigación mariológica y la piedad Mariana se hallan también destinadas a promover en la Iglesia el acceso "de la mujer a funciones y tareas de las cuales basta ahora ha sido excluida del todo o en parte, y no por razones doctrinales sino por motivos de índole histórica y cultural. Esto ha sucedido también en el ámbito de miles de servicios pastorales de vital importancia, cuya dinámica no toca la esfera de la estructura jerárquica de la Iglesia. En ellos las relaciones hombre-mujer parecen estar mas caracterizadas por los modelos de una sociedad machista que por las propuestas innovadoras del mensaje evangélico.

A nuestro juicio existe en la Iglesia un cierto retraso en reconocer a la mujer la capacidad de recibir los misterios -el lectorado, el acolitado...- que no pertenecen al ámbito del sacramento del Orden, sino que son una simple institución eclesial. Esta falta de reconocimiento parece superada por la evolución de la realidad, ya que de hecho las mures desarrollan por doquier tales ministerios bien por costumbre, bien por legítimo encargo de la autoridad eclesiástica, pero siempre con carácter extraordinario.

El problema del acceso de las mujeres a los ministerios es particularmente sentido por las religiosas de algunos países. A este respecto, hacemos nuestro el voto expresado por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos: "Podemos augurarnos que las autoridades respondan al ofrecimiento de servicio de las mujeres consagradas con una simpatía activa, en la amplia gama de las posibilidades existentes"^[96]. Y formulamos el deseo de que tal problema, una vez profundizado en el aspecto doctrinal, sea afrontado no en términos de contraposición y de reivindicación, sino de cooperación y de servicio.

Más aun, se puede observar que la autoridad eclesiástica asume con frecuencia respecto a

los Institutos religiosos femeninos una actitud de tipo proteccionista; que en no pocos casos tiende a encauzar el servicio de estos hacia tareas subalternas en los organismos eclesiales masculinos; que no siempre saca todas las consecuencias prácticas que derivan de que, en cuanto a la esencia de la 'vida consagrada', los Institutos religiosos masculinos y los femeninos se encuentran en situación de perfecta paridad.

85. Nos alegramos al afirmar con vosotras, hermanas religiosas, que el conjunto de las instituciones femeninas de vida consagrada ha contribuido en gran medida a una genuina promoción de la mujer. En los orígenes de vuestros Institutos y a lo largo de su historia encontramos a menudo mujeres humildes y fuertes, verdaderas discípulas de Cristo, audazmente precursoras de los tiempos, que supieron liberarse a sí mismas y a sus hermanas de los condicionamientos restrictivos que en su época pesaban gravemente sobre la mujer. Tal promoción, real mente eficaz, aunque sus protagonistas no siempre plenamente conscientes de ello, estaba a su vez encaminada a la promoción de los humildes. Se convenía en difusión de la cultura a través de numerosas instituciones de enseñanza; socorro al necesitado, a través de múltiples obras de caridad, que al aspecto asistencial unían una tensión promocional; iluminación del espíritu, a través del anuncio del mensaje evangélico. Estimamos por ello que la historia de la emancipación de la mujer debe escribirse mirando también a las instituciones femeninas de vida consagrada, no obstante la eventual presencia en ellas de algunos elementos negativos.

Y, por lo que hace a nuestra reflexión, no es difícil poner de relieve que en la base de tal 'promoción' hubo casi siempre, después del amor de Cristo, una intuición y un impulso provenientes de la piedad mariana de muchas de vuestras Madres y Hermanas insignes.

Piedad mariana y virtudes evangélicas

86. La piedad Mariana se nutre de la fe e irradia los contenidos de esa fe. Esto hace de ella un instrumento particularmente válido para la difusión del Evangelio. "En nuestros pueblos -declara el documento de Puebla- el Evangelio ha sido anunciado presentado a la Virgen María como su más alta realización"¹⁹⁷¹. Pero esto exige de parte de nuestros Institutos y de las Iglesias locales una atención vigilante para que la piedad mariana, sin ceder a visiones unilaterales, sea eco íntegro de la propuesta cristiana y tenga la capacidad de responder con los hechos a las objeciones que puedan presentarse. La piedad mariana-se afirma- ha concurrido:

- a formar un tipo de 'mujer cristiana' sometido y resignado;
- a relegar a la mujer, de manera más o menos clara, a la mera doméstica y privada;
- a dar a la espiritualidad cristiana un sello sentimental, 'femenino'.

Son objeciones serias. Darles una respuesta pormenorizada requeriría análisis históricos que aquí no podemos hacer. Nos limitaremos, pues, a algunas observaciones.

87. Ante todo hay que anotar que estas desviaciones, si se dan, y en el lugar y en la medida en que se den, se han de atribuir a una verdadera degeneración y a interpretaciones unilaterales y restrictivas de la piedad Mariana; en modo alguno se derivan de ella por intrínseca necesidad. La piedad Mariana sufre las consecuencias, ya que van contra ella y no nacen de ella. Sabemos, por otra parte, que casi ningún capítulo de la fe y del culto cristiano se ha visto exento de desviaciones más o menos graves. Si se piensa, por ejemplo, en las desviaciones que la piedad eucarística ha sufrido en algunos tiempos y lugares, se comprobaba que las experimentadas por la piedad Mariana son en realidad menos graves. Ahora bien, es evidente que las alteraciones en la piedad eucarística no forman parte de proyecto institucional de Cristo, son más bien fruto de la fragilidad o de la necedad humana.

88. Las virtudes que con frecuencia se han puesto de relieve en la piedad mariana —la humildad, la obediencia, la mansedumbre, el abandono confiado en Dios, la paciencia...-, en cuanto virtudes de profundas raíces bíblicas y que Cristo mismo se propuso como modelo (cf. Mt 11,29; Jn 13,14-15), son válidas para todos los discípulos del Señor, hombres y mujeres.

El haber supuesto que fueran 'reservadas' a las mujeres revela una mentalidad machista, y el hecho de haberlas configurado como 'virtudes pasivas' denuncia una visión de la realidad poco conforme al Evangelio. Como tampoco se puede deducir, a partir de los datos evangélicos que se refieren a María, ciertas indicaciones para juzgar como óptimo para la mujer el que esta se realice en el ámbito del hogar. Esto puede constituir una legítima opción personal, puede entenderse como oportunidad y también como un derecho que defender con adecuados instrumentos legales^[98], pero no puede ser presentado como 'vocación cristiana' prioritaria respecto a otras opciones. Es necesario seguir con atención los resultados de las investigaciones de exegetas y teólogos, nada sospechosos de maximalismo mariológico, que del estudio profundo de los Evangelios, creen posible concluir que "para Jesús, María no era simplemente 'madre' en el sentido más usual del término. Ella desempeñó un papel muy importante durante la vida del Hijo, tanto que ejerció un verdadero influjo incluso en las primeras comunidades cristianas. Desde el punto de vista histórico podemos pensar que María fue una personalidad de primera categoría"^[99].

LA CULTURA DE LA VIDA

98. Con el Autor del Libro de la Sabiduría proclamamos que Dios es el "Señor, amante de la vida" (11,26); con Juan profesamos gozosamente que en el Verbo "estaba la vida y la vida era la luz de los hombres" (1,4) y que Cristo vino para que los hombres "tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn,10), El mismo es la vida (cf. 14,6) Y la resurrección (cf. 11,24); con la Iglesia confesamos nuestra fe "en el Espíritu Santo, que es Señor y da la vida"^[100].

Y porque la Santísima Virgen ha dado a luz a Cristo-Vida y con su materna caridad coopera al nacimiento de los fieles y a la vida de la gracia^[101] se comprende que los textos litúrgicos saluden gozosamente a Santa María como "madre" y "fuente de la Vida" y a ella se dirijan invocándola como "vida, dulzura, esperanza nuestra"^[102].

90. Pero notamos que la alabanza a la Fuente de la Vida constituye para nosotros una admonición para que nos pongamos de parte de la vida a hacer que la misma piedad Mariana sea un canal de comunicación del mensaje de vida que el cristianismo está llamado a anunciar siempre en la historia.

En nuestros días, la tensión entre la luz y las tinieblas (cf. Jn 1,5), entre el amor y el odio (cf. 1 Jn 2,8-11) se presenta como una inmensa y enorme lucha entre la cultura de la vida y la cultura de la muerte.

91. Cultura de la muerte son "la agresión bélica la violencia y el terrorismo" además de la terrorífica "acumulación de armas, especialmente las atómicas, y el escandaloso trafico de armamentos bélicos de toda clase"^[103]. Por lo cual, mientras asociamos nuestra humilde voz a las recientes condenas de guerra nuclear hechas por Juan Pablo II^[104], por el VI Sínodo de los Obispos, por la Conferencia episcopal de los Estados Unidos y, por otras Conferencias episcopales^[105], nos sentimos también nosotros animados por nuestra fe en Cristo, "Príncipe de la paz" (Is 9,5) y por nuestra piedad hacia la Virgen, Reina de la paz, a recorrer el camino de la no violencia, de la promoción del desarme, de la conversión a la paz, como el único conforme al Evangelio.

92. Cultura de la muerte son el desprecio de la vida que se manifiesta en tantos episodios de criminalidad la escandalosa situación de hambre por la que mueren o contraen graves enfermedades millones de hombres, particularmente niños; las acciones letales contra los que están par nacer, contra los ancianos contra los enfermos incurables; el azote de la droga. No es tarea nuestra ni nuestra intención tratar problemas morales relacionados con estas situaciones humanas frecuentemente trágicas. Tan sólo queremos poner de relieve que desde la tradición cultural mariana, nos llega una invitación a colocamos serenamente, y por así decir, de modo espontáneo, de parte de la vida.

Así, la imagen de la Virgen grávida -hecho tratado por los artistas casi siempre con admirable delicadeza y piedad^[106] _ parece exhortarnos a considerar con sumo respeto a toda

mujer encinta; a ver en cada parto de mujer un reflejo en el parto de María, por medio del cual el Hombre-Dios ha entrado en la historia y de la raíz de Jese ha brotado el Retoño mesiánico (cf. Is 11,17); a favorecer toda iniciativa ordenada a tutelar la vida incipiente; a acercarnos con comprensión y misericordia a las mujeres que por circunstancias diversas -injusticia de la sociedad, violencia sufrida, falta de fe, - están tentadas a tomar soluciones de muerte para el fruto que llevan en su seno.

Así, la imagen de la Virgen que amamanta al Niño, y los textos litúrgicos que con simpatía y estupor rubrican como María "con un poco de leche nutre a Aquel que sacia el universo"^[107], además del mensaje doctrinal y estético, nos envían una urgente llamada: no es justo que los niños mueran de hambre; por el contrario, es un deber que la piedad Mariana se resuelva -como ya sucede ejemplarmente en muchos casos- en atención a los huérfanos, en pan para los pequeños hambrientos, en compromiso educativo para los jóvenes.

Y aún más: la imagen de la Virgen dolorosa nos sirve de estímulo y guía para acercarnos al misterio del dolor y de la muerte con una visión de fe, que proyecta sobre el mismo una luz de vida. En efecto, no tenemos explicaciones racionales que ofrecer sobre este misterio, solo una experiencia de fe: La Pascua de Cristo, la muerte absorbida por la vida (cf. 1 Cor 15,54), la seguridad de que Dios en su condescendencia transforma "la pena del dolor en instrumento de salvación"^[108], María vivió esa experiencia junto a su Hijo, Por eso la piedad Mariana nos abre a la esperanza, nos empuja a adoptar 'soluciones de vida', ahí donde el dolor arrecia y acecha la muerte.

93. La amplitud y gravedad de los fenómenos a los que da lugar la cultura de la muerte —el peligro de la guerra nuclear, el hambre en el mundo, el flagelo de la guerra, el racismo, la exterminación de los pueblos...- nos angustian y trascienden; ante ellos sentimos que no podemos contar más que con el poder de la fe (cf. Mt 17, 19; Lc 17, 6), con la eficacia de la oración, con el ejemplo de Aquélla que creyó en la palabra de Gabriel: "para Dios nada es imposible" (Lc 1, 37).

94. En 1974 Pablo VI observaba: "Por su carácter eclesial, en el culto a la Virgen se reflejan las preocupaciones de la Iglesia misma, entre las cuales sobresale en nuestros días el anhelo del restablecimiento de la unidad de los cristianos. La piedad hacia la Madre del Señor se hace así sensible a las inquietudes y finalidades del movimiento ecuménico, es decir, adquiere ella misma una impronta ecuménica"^[109].

Los responsables de las Iglesias locales y de los Institutos religiosos, a los que fraternamente nos dirigimos, compacten ciertamente nuestra convicción sobre la necesidad de que la piedad Mariana sea sensible a los problemas del ecumenismo y se convierta en una fuerza promotora de la unión de los cristianos. Pero quizá algún lector se pregunte: ¿no hay contradicción entre la petición que se presenta con frecuencia de un correcto (así hemos escrito casi siempre) desarrollo de la piedad Mariana y la invitación a promover a través de ella la causa ecuménica?, ¿no son la doctrina y la piedad Mariana de la Iglesia católica uno de los obstáculos mayores para la unión de los cristianos?

95. Es indudable que algunos puntos de la doctrina católica sobre la Virgen y algunos aspectos de la piedad Mariana suscitan reacciones negativas en otras iglesias, especialmente en las de la Reforma. Pero no se debe continuar perezosamente creyendo que desde los inicios del movimiento ecuménico hasta hoy nada haya cambiado en este campo. Es una voz no católica la que ha declarado: "Hoy, en vez de ser una causa de división entre nosotros, la reflexión cristiana sobre el papel de la Virgen María se ha convertido en causa de alegría y fuente de oración"^[110]. Estamos convencidos de que las diferentes Iglesias cristianas se preguntan de forma más o menos angustiada y explícita: ¿cómo es posible que nosotros, unidos en la confesión de Cristo, único Señor y única fuente de salvación, estemos divididos precisamente en lo que se refiere a su Madre? Y también estamos persuadidos de que el Espíritu sugiere a las Iglesias que no eludan sino que afronten con un serio estudio el significado de la figura de la Virgen en la vida de la Iglesia.

Por lo demás, ofrecemos -ante todo a nosotros mismos, siervos y siervas de Santa María-, algunas indicaciones para mejorar, desde el punto de vista de la piedad Mariana, nuestra

contribución a la causa ecuménica.

Una profunda conversión

96. Nuestra palabra quiere ser ante todo invitación a efectuar en nosotros una profunda conversión del corazón. El movimiento ecuménico hará pocos progresos entre nosotros, católicos, si, respecto a María, nos limitamos a esperar el 'regreso' de los hermanos separados, su 'conversión' de los 'errores' mariológicos. Es necesario convenir nuestros corazones a la humildad, al diálogo, al respecto recíproco. Probablemente entre muchos hermanos y hermanas nuestros, entre muchos seculares que frecuentan nuestras comunidades, se debe promover todavía un ecumenismo ad intra. No, ciertamente para disipar un patrimonio de fe, sino para eliminar desconfianzas y sospechas, prejuicios y malentendidos que se han acumulado durante siglos y que no tienen nada que ver con la fe. La conversión del corazón y la capacidad de escucha son condiciones previas para iniciar juntos un camino hacia Cristo, bajo la guía del Espíritu y el juicio de la Palabra.

La purificación de los ojos

97. A la conversión del corazón es necesario añadir la que aquí llamaremos la purificación, de los ojos: es necesario, pues, que nuestra mirada este tan fija en la divina Palabra que sea constantemente purificada (cf. Jn 15,3) y hecha transparente. Al a Palabra nos remiten, además de las, enseñanzas, de los Santos Padres, los ejemplos de los grandes Legisladores monásticos^[111] y las advertencias del magisterio de la Iglesia^[112].

La Palabra es el espacio en el cual queremos situar todo nuestro discurso teológico. Ella nos estimula a centrar la reflexión doctrinal en María y en las manifestaciones de la piedad Mariana dentro del misterio de Cristo y de la Iglesia: de Cristo, para quien y para quien "fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra" (Col 1,16); de la Iglesia, cuerpo del mismo Cristo que sometió a sí todas las cosas y sobre todo obtiene el primado (cf. Ef 1.,22; Col 1,18).

María en Cristo: tal es el único lugar que, según la genuina Tradición católica, permite un fundado y provechoso estudio sobre María. La Iglesia de Roma lo recuerda frecuentemente en autorizados documentos: sólo en vista de Cristo, en referencia a Él, en dependencia de El "puede ser comprendida la figura y la misión de la Santísima Virgen^[113].

María, en la comunión de los santos: tal es el punto, a partir del cual la Iglesia de Roma ha rubricado la expresión mas clásica de su piedad Mariana: "En comunión con toda la Iglesia -decimos en el Canon Romano- recordamos y veneramos la memoria, ante todo de la gloriosa, siempre Virgen María, Madre de Jesucristo nuestro Dios y Señor^[114].

En el espacio y en la luz de la Palabra nos encontramos ampliamente unidos ortodoxos, anglicanos, evangélicos, católicos. Reconocemos, sin embargo, que la saludable adopción de este 'terreno común' no resuelve inmediatamente todas las cuestiones: quedan divergencias no leves relacionadas con el problema de la interpretación de la Palabra. Y eso a causa también de una diversa tradición eclesial o de una diferente situación existencial^[115].

Una actitud de comprensión

98. En esta especie de 'ecumenismo ad intra', hay que añadir a la conversión del corazón y a la purificación de los ojos una actitud de 'comprensión' hacia los hermanos separados, por las dificultades que ellos experimentan en relación a algunos puntos de la doctrina y de la piedad Mariana de la Iglesia Católica. 'Comprensión' que no debe confundirse con la estrategia del 'encubrimiento de los problemas', que es uno de los peores enemigos del verdadero ecumenismo^[116] sino que afronta las cuestiones controvertidas, pero lo hace esforzándose en comprender las razones ajenas.

En el plano doctrinal, la 'comprensión' se traduce en disponibilidad para reconsiderar, desde el punto de vista católico, los propios enunciados dogmáticos, a fin de distinguir lo que en ellos es el núcleo esencial de fe de lo que es sólo revestimiento histórico-cultural. Se trata

de una operación teológica delicada, cuya legitimidad, sin embargo, ha sido reconocida por el magisterio eclesiástico.^[117]

Desde el punto de vista *cultural* implica la disponibilidad para aceptar la existencia de diversas tradiciones eclesiales y de diversas sensibilidades en la expresión de la piedad Mariana. Así, por ejemplo, respecto a las Iglesias que, aún venerando a la Madre del Señor, encuentran dificultad en admitir la invocación dirigida directamente a ella, nosotros, que consideramos legítima tal invocación y la practicamos cada día, no asumiremos una actitud de desaprobación. Por una parte recordaremos que hubo un tiempo en que esta invocación, ampliamente usada en la liturgia de las Iglesias de Oriente, era escasamente adoptada en la liturgia de Roma^[118]; por otra, nos esforzaremos en presentar las razones que, a nuestro parecer, la hacen válida.

Las Iglesias en Oriente

99. Entre las Iglesias de Oriente y la Iglesia católica, existe una amplia y sustancial convergencia respecto a la doctrina de fe sobre la Santísima Virgen^[119] y un claro acuerdo sobre la necesidad de no descuidar la figura de María en la reflexión teológica: "No hay teología cristiana -escribe un conocido teólogo ortodoxo- sin una continua referencia a la persona y al papel de la Virgen María en la historia de la salvación"^[120].

Por cuanto se refiere a la piedad Mariana, puede afirmarse que no sólo existe una total convergencia entre las Iglesias de Oriente y la Iglesia de Roma, sino que dicha piedad constituye un patrimonio común. La Iglesia católica, en efecto, no sólo aprecia y admira la piedad de las Iglesias orientales hacia la Theotokos, sino que la estima como una expresión cultural 'propia', puesto que se celebra por millones de 'fieles suyos', es decir, cristianos a ella plenamente unidos, en cuanto la comunión 0 nunca fue interrumpida o ha sido restablecida desde hace ya largos siglos.

Como es sabido, la piedad Mariana del Oriente se expresa sobre todo en el culto litúrgico, en formas de alto lirismo y de profunda doctrina. Más aun, las celebraciones litúrgicas, en las cuales se concentra la fe y la vida de cada Iglesia oriental, tienen en todas sus componentes -estilo, estructura, contenidos, iconografía- una constante referencia a la Toda-Santa. Lo que no debe sorprender: justamente porque en las Liturgias orientales todo se expresa y se interpreta en una perspectiva cristológica y pneumatológica, todo se toma contemplación y alabanza del papel desempeñado por la Virgen en la encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo.

100. Nos parece que las Iglesias de Oriente pueden aportar una contribución decisiva a la aclaración y profundización del sentido cristiano de la piedad Mariana, gracias precisamente a la importante función que tienen en el movimiento ecuménico^[121].

Primero porque ellas quedaron al margen de las polémicas que, acerca del culto a la Virgen, se encendieron entre la Iglesia católica y las Iglesias de la Reforma. En efecto, el testimonio de piedad Mariana que nos llega del Oriente es antiguo, sereno, nada sospechoso ni polémico, ahonda sus raíces en la Tradición de los Santos Padres y, por ellos, en la divina Palabra.

Además, porque la piedad Mariana de las Iglesias orientales, no ha conocido las 'desviaciones' (separación entre piedad litúrgica y piedad popular, fenómenos de ocultación, pérdida del sentido simbólico...) que se han tenido en cambio, en diverso grado y por opuestos motivos, en las Iglesias de Occidente.

En su conjunto el rico patrimonio doctrinal y cultural de las Iglesias orientales se propone a las Iglesias occidentales como un punto seguro de referencia para que se realice serenamente en la piedad Mariana la admisión de algunas instancias típicas de nuestro tiempo: para que, por ejemplo la necesaria atención a la dimensión antropológica no redunde en perjuicio de la insustituible y prevalente dimensión teológica; para que la justa exigencia de igualdad entre el hombre y la mujer no degenera en una deletérea masculinización de esta última; para que el interés prestado al inmutable clima cultural no degenera en descuido del permanente valor de la Tradición. Y así en otros puntos.

Y ya que la causa de la unión de los cristianos debe interesarnos profundamente, quisiéramos, hermanos y hermanas, que no se olvidara jamás entre nosotros la amonestación del Concilio: "Tengan todos presente que el conocer, venerar, conservar y favorecer el riquísimo patrimonio litúrgico y espiritual de los Orientales es de la máxima importancia para conservar fielmente la plenitud de la tradición cristiana y para conseguir la reconciliación de los cristianos de Oriente y de Occidente"^[122].

Las Iglesias de la Reforma

101. Son en cambio notables los puntos de divergencia entre la Iglesia católica y las Iglesias de la Reforma. El significado y el alcance de la cooperación de María a la obra de la salvación, los dogmas de la Concepción Inmaculada y de la Asunción corpórea a la gloria celestial, el valor de la doctrina sobre la perpetua virginidad de María, el sentido y el ámbito de la intercesión-mediación de la Virgen, la legitimidad de la invocación a Santa María. Sobre estos temas existe una confrontación nada fácil entre los teólogos de las distintas Iglesias. Nosotros queremos acompañar este dialogo con humilde y constante oración para que el Señor aclare el profunda sentido de una tradición que Roma considera una expresión concreta y genuina de la Vida de la Palabra y del Espíritu en la Iglesia.

Pero nos alegra constatar que, en relación a María existen también muchos puntos de convergencia entre la Iglesia católica y las Iglesias hermanas de la Reforma. Por una exigencia cristológica, todos reconocemos que María es la gloriosa Theotokos que por obra del Espíritu ha engendrado a Cristo, Hijo de Dios Salvador nuestro; juntos alabamos a Dios por las "grandes cosas" que ha hecho en su Sierva (cf. Lc 1,49); Juntos saludamos a María "llena del favor divino" (cf. Lc 1,28) Y en ella contemplamos ala discípula; entregada a cumplir la voluntad de Dios (cf. Lc 1;38); apreciamos su voz profética y su testimonio de Cristo; alabamos su fe, su obediencia, su humildad, su valor paciente, pero advertimos que tal alabanza queda estéril si no es seguida por una imitación concreta; juntos profesamos su ejemplaridad para la Iglesia en la escucha de la Palabra y en el servicio del Señor y de los hombres; juntos escuchamos con respeto la palabra de Cristo al "discípulo que El amaba: [...] ¡He ahí a tu madre!" (Jn 19,26-27); juntos creemos que María está en la presencia de Dios, junto a su Hijo "siempre vivo para interceder" a nuestro favor (cf. Hb 7,25), Y que, siendo la primera entre los Santos, mega con ellos "por nosotros pecadores que en la tierra luchamos y sufrimos"^[123]; juntos creemos que nuestras comunidades, siguiendo la comunidad apostólica (cf. Hech 1,14), pueden orar con ella y con ella invocar al Espíritu^[124].

102. En nuestra reflexión sobre la promoción del movimiento ecuménico a partir de la piedad Mariana hemos restringido el dialogo a nosotros mismos, Il nuestros hermanos y hermanas, siervos y siervas de María. El tema es delicado y nos damos cuenta de que no poseemos títulos para ensanchar el ámbito de nuestro coloquio.

Pero si nuestra palabra llegara a algún hermano o hermana de las Iglesias de la Reforma, quisiéramos que fuera entendida como invitación respetuosa a una doble reflexión:

- Si no habrá llegado el momento de superar lo que algunos teólogos evangélicos llaman el encubrimiento del tema Mariano en las Iglesias de la Reforma. En el tiempo de los grandes reformadores, ese encubrimiento no se habla producido: se produjo sólo a partir de la época iluminista^[125].

- Si la piedad Mariana, a la luz de la Palabra, no constituirá una posibilidad y una oportunidad ofrecida por Dios y radicadas en el dato bíblico para desarrollar la fe cristiana.

103. Pero volvamos a nosotros. A las tres consignas que nos dimos -la conversión del corazón, la purificación de los ojos, la actitud comprensiva- sentimos el deber de añadir otras dos: la participación cordial en los esfuerzos inter-confesionales que en varios lugares se realizan para preparar el camino de la unión; y sobre todo el compromiso de la oración: con Cristo y por Cristo, con la Iglesia y en la Iglesia. Y ahí, en Cristo, y en la. Iglesia, encontraremos la voz orante de la que, también fuera de la comunión católica, es invocada como Virgen de la reconciliación.

COMUNIÓN EN LA FE DE ABRAHAM

Los hermanos hebreos

104. En nuestra reflexión sobre el misterio de la ruptura de la unidad entre las Iglesias, no podemos dejar de recordar otra dolorosa división: la del cristianismo con el hebraísmo. “Aunque, según leemos en un documento reciente, el cristianismo haya nacido en el hebraísmo y haya recibido de él algunos elementos esenciales de su fe y de su culto, la ruptura entre las dos religiones se ha hecho cada vez más profunda, hasta llegar casi a una recíproca incompreensión”^[126]. Sin embargo después de la declaración conciliar *Nostra Aetate* del 25 de octubre de 1965, se han tornado numerosas iniciativas “para instaurar y proseguir un diálogo orientado a un mejor conocimiento recíproco”^[127]. Nos asociamos a estas iniciativas y desde el Angulo de la piedad Mariana, queremos aportar a este diálogo una modesta contribución.

Pero antes de proseguir, unimos nuestra voz a la voz de tantos cristianos sinceros, para expresar la más viva reprobación de las persecuciones que a través de los siglos han sufrido los hebreos, y en particular por los horribles exterminios a los que han sido sometidos “en Europa inmediatamente antes y durante la segunda guerra mundial”^[128].

105. Según la fe cristiana Dios, en su admirable 'condescendencia', ha querido que su Verbo se encarnara en una mujer hebrea, María de Nazaret. Por medio de ella y de José, Cristo es, en su humildad verdaderamente hebreo, de la estirpe de David. En Él se cumplen las promesas hechas a Abraham y a los Padres (cf. Lc 1,54-55. 69-70). Él es en sentido pleno la “gloria de Israel” (cf. Lc 2,32), como lo saluda Simeón, y el “Hijo de David” como lo aclama el pueblo (cf. Mt 21:9). No se puede comprender plenamente a Cristo si no se consideran con atención sus raíces hebreas. Él, el Hombre nuevo y universal, venido para denunciar toda forma de racismo y de marginación y para derribar “el muro de separación interpuesto: (Ef 2, 14) entre los hebreos y los paganos, fue sin embargo un “rabí” intensamente partícipe de la vida y de la suerte de su pueblo: amó sus instituciones y sus leyes, que no quiso abolir sino llevar a plenitud (cf. Mt 5, 17). En su predicación, además de las palabras oídas al Padre (cf. Jn 8, 26), resuenan las palabras asimiladas de los textos de los profetas. Limitó su misión pública “a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mt 15, 24); lloró sobre Jerusalén (cf. Lc 19, 41) por las amenazas que pesaban sobre ella y por el rechazo que oponía al “camino de la paz” (Lc 19, 42) que Dios le ofrecía en su persona; y Él, que inauguraba en sí mismo un culto al Padre en espíritu y verdad (cf. Jn 4, 23), sin templos y sin fronteras, declaró sin embargo a la Mujer samaritana que “la salvación viene de los Judíos” (Jn 4, 22).

106. Análogamente debemos decir de María. No podemos comprender plenamente su figura y su misión sin considerar su condición de mujer hebrea. Y eso no tanto ni principalmente porque los datos proporcionados por la antropología cultural y por otras ciencias nos ayuden a situar la vida de María en un determinado contexto social e histórico, sino porque sólo a través del conocimiento de la espiritualidad hebrea podemos penetrar la fisonomía espiritual de María de Nazaret.

Su fe está radicada en la fe de Abraham (cf. Gen 15, 6). Su *fiat* es prolongación y culminación del confiado abandono con que tantos piadosos israelitas acogían la voluntad de Dios sobre ellos. Su amor por la “Ley del Señor” es compendio de la adhesión de Israel a los mandamientos de Dios, que son justos, alegran el corazón...; son claros, dan luz a los ojos (Sal 18 *19, 9). Su humilde condición de Sierva del Señor (Lc 1, 38.48) resume la condición misma del pueblo de Israel que se reconoce “Siervo del Señor” (cf. Is 49, 3). Su cántico es eco y síntesis de muchas voces proféticas; es júbilo y agradecimiento a Dios porque Él “acogió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, a Abraham y su descendencia, por siempre (Lc 1, 54-55).”

107. Lo que para el cristianismo es la gloria suprema de María –ser la madre virginal de

Jesús, Verbo encarnado, Mesías, Salvador- constituye para los judíos una dificultad humanamente insuperable. Nosotros creemos que esa dificultad sería superada en el momento en la manera que sólo Dios conoce. Es entretanto, deber nuestro, orar, confesar con Pablo y con la tradición cristiana que “Dios no ha repudiado al pueblo que eligió desde el principio (Rm 11, 2); de pensar que “si las primicias son santas, lo será también toda la masa; si es santa la raíz, lo serán también las ramas” (Ibid. 16); de testimoniar que los hebreos, “en cuanto a la elección, son amados, en atención a sus padres, porque los dones y la llamada de dios son irrevocables!” (Ibid., 28-29).

108. A la luz de la fe y con las mismas palabras de una mujer hebrea, Isabel, nosotros reconocemos en la joven Myriam, madre de un niño de nombre Jesús, a la “Madre del Señor” (cf. Lc 1, 43), mujer hacia la cual convergen varios vaticinios y figuras proféticas.

Guiada por este convencimiento, la reflexión cristiana ha vislumbrado en las grandes figuras femeninas de Israel, en sus madres –Sara, Rebeca, Raquel, Lía-, en sus heroínas –Myriam hermana de Moisés, Débora, Judith, Ester, la madre de los Macabeos...-, y en sus hijas favorecidas con el don de una maternidad extraordinaria –Ana, Madre de Samuel, la madre del juez Sansón...-, prefiguraciones y anticipaciones de María de Nazaret.

En las celebraciones culturales, la Iglesia le ha aplicado a María, en relación con el acontecimiento único de su maternidad virginal y divina, algunos de los símbolos más caros a Israel: tabernáculo, el arca, el templo, la zarza ardiendo, la ciudad-madre...; y ha reconocido en la Virgen de Nazaret, la personificación de la “Hija de Sión”, a quien se referían importantes vaticinios mesiánicos (cf. Sof 3, 14-18; Zac 2, 14-17; 9, 9; Jl 2, 21-27).

En resumen: la reflexión cristiana se ha alegrado de reconocer que María representa el vértice de Israel y el principio de la Iglesia: que ella es el punto de enlace para que las doce tribus se conviertan en la Iglesia del Cordero fundada sobre los doce apóstoles: “La Virgen María –escribe Gerhoh de Reichersberg (+1169)- es el cumplimiento de la sinagoga; ella, la hija más selecta de los patriarcas; después del Hijo, es el inicio de la Iglesia, ella, la madre de los apóstoles”^[129]. Comprendemos que nuestros hermanos hebreos no nos pueden seguir en esta lectura mariana de tantas páginas significativas del Libro sagrado, pero quisiéramos que vieran en ella un signo del respeto y del amor de la Iglesia para el Pueblo de Israel, de cuya raíz santa Nació María de Nazaret.

109. Una iluminada piedad hacia la Santísima Virgen, que tantas veces saludamos en la liturgia como “alegría de Israel” e “Hija de Sión” no puede consentir la persistencia entre los cristianos de formas más o menos larvadas de antisemitismo; al contrario debe suscitar un sentimiento de respeto y de estima por el Pueblo hebreo; debe favorecer el amor hacia el Antiguo Testamento, reprobando la desatención de muchos fieles hacia la página veterotestamentaria; debe influir sobre la enseñanza religiosa porque “los diversos niveles [...], en la cate3quesis de los niños y de los adolescentes, presente a los judíos y el hebraísmo no sólo de manera honesta y objetiva, sin ningún prejuicio y sin ofender a nadie, sino, más todavía con una viva conciencia de la herencia común”^[130], debe, en fin, hacerse expresión de una espera activa para que llegue el día “en el cual los pueblos aclamen al Señor con una sola voz y lo sirvan bajo el mismo yugo ” (Sof 3, 9)”^[131].

Los hermanos musulmanes

110. Nos falta añadir una palabra sobre los hermanos musulmanes. Ellos, como recuerda la declaración conciliar *Nostra Aetate*, “adoran al único Dios viviente y subsistente, misericordioso y omnipotente, creador del cielo y de la tierra [...] tratan de someterse con todo el corazón a los ocultos designios de Dios, como se sometió Abraham” y “aunque no reconozcan a Jesús como Dios, lo veneran como profeta, honran a la Virgen Madre, María, a veces también la invocan con devoción”^[132].

En la piedad mariana de los cristianos, los datos del Corán referentes a la Santísima Virgen no han tenido eco alguno o lo han tenido de forma muy limitada. Se comprenden los motivos históricos (seculares enemistades entre cristianos y musulmanes) y doctrinales (contrastes profundos en la valoración de los respectivos libros sagrados, la Biblia y el Corán).

Sin embargo, nos parece, hermanos y hermanas, que los textos marianos del Corán merecen una atención mayor de la que de ordinario les prestamos. En efecto, el Libro santo de la fe islámica –nos dicen los estudiosos- “asigna a María un lugar de excepción y de privilegio: un lugar singular, relevante”^[133]. Según el Corán, María elegida por Dios para ser la madre de Cristo y por Él singularmente favorecida, es junto con “su Hijo un Signo para las criaturas”^[134]; es mujer hecha pura por una especial intervención divina; es virgen intacta y, con todo, verdadera madre; estrictamente asociada al hijo Jesús y vinculada por la misma suerte, es mujer “elegida sobre todas las mujeres del universo”^[135]. María, por tanto, no es sólo un signo que admirar, sino también un “ideal que alcanzar y un modelo que reproducir”^[136] por su fe, su piedad, su discreción.

111. Respecto a María, los puntos de convergencia entre el cristianismo y el islamismo son numerosos. Sin embargo los puntos de contraste son también múltiples y graves, comenzando por la negación de la maternidad divina.

No obstante, pensamos que nuestra piedad mariana tiene que llegar a ser ocasión propicia para recordar con frecuencia y con aprecio a los hermanos musulmanes. Que constituya un momento favorable para olvidar, como el Concilio Vaticano II, un pasado marcado por no pocas desavenencias y enemistades^[137]; que sea una buena oportunidad para alegrarnos juntos, viendo realizada entre nosotros, cristianos y musulmanes, la palabra profética de la Virgen: “Todas las generaciones me llamarán dichosa” (Lc 1, 48).

Que ofrezca, en fin, una razón válida para superar cualquier indecisión cultural eventualmente insinuada entre nosotros en relación a la Virgen, ya que sería anómalo que los cristianos, teniendo mayores motivos, tuvieran menor veneración que los musulmanes hacia Aquella que “creyó en las palabras de su Señor, y en sus libros”^[138].

CONCLUSIÓN

112. Cuando se reflexiona detenidamente sobre un tema, puede suceder que éste se amplíe a nuestros ojos y, dominando todo el campo de visión, impida ver otros objetos. Probablemente, esto es lo que nos ha ocurrido a nosotros. Pero no hay duda que para nosotros, siervos y siervas de Santa María, y para todos los religiosos y religiosas, la norma esencial de la piedad coincide con la de la Iglesia universal: al Padre por Cristo en el Espíritu; una piedad cuyo punto de referencia, necesario y central, es la Pascua del Señor, celebrada en la Eucaristía, y en su irradiación en los sacramentos y en la Liturgia de las Horas;^[139] una piedad a la que nuestra condición de religiosos añade otro motivo para sentirnos comprometidos a ofrecer a Dios, como todo discípulo, el “culto espiritual” (Rm 12, 1-2) de una vida santa.

En este ámbito encuentra su razón de ser, su significado y su valor la piedad mariana.

113. Reflexionando sobre la trayectoria histórica de la piedad mariana nos parece que podemos afirmar que ésta forma parte de la experiencia cristiana: su razón última está en la voluntad salvífica de Dios; el fundamento próximo, en la Palabra escrita; los primeros testimonios, en las comunidades apostólicas, cuya vida se refleja en los escritos de Lucas y de Juan su fin es la gloria de Dios; su ventaja, el crecimiento en el amor; el motivo de su desarrollo, el desarrollo en el conocimiento y en el amor de Cristo. A este propósito hemos encontrado pocas expresiones que traduzcan nuestro convencimiento tan felizmente como un pensamiento de Zwinglio: “Cuanto más crece entre los hombres el amor y el honor a Jesucristo, más crece el honor y la estima hacia María, porque ella ha engendrado para nosotros un Señor y Redentor tan grande y sin embargo tan amable”^[140].

114. Nos hemos permitido entablar un diálogo con vosotros, hermanas y hermanos de nuestra Orden, con vosotras hermanas y hermanos religiosos, con vosotros, obispos, presbíteros, diáconos, y con vosotros, amigos laicos, sobre algunas cuestiones referentes al

culto de la Santísima Virgen.

Hemos reflexionado juntos sobre una crisis reciente y sobre la superación en esa crisis; sobre algunas consonancias profundas entre la vida de María y la vida religiosa; sobre algunos cometidos que; a nuestro parecer, nos esperan hoy en orden a un correcto desarrollo de la piedad mariana.

Si alguna vez, -contra nuestras intenciones- hemos sobrepasado los módulos propios de la reflexión en voz alta, del coloquio amigable, os pedimos disculpas. Desearíamos en cambio, decirnos que, considerando vuestros textos legislativos, los estudios de vuestros teólogos, los testimonios de vuestra historia, hemos aprendido mucho sobre cómo se debe entender y vivir la piedad mariana. De eso os estamos profundamente agradecidos.

María y sus Siervos

115. Ahora, permitidnos una palabra sobre la piedad mariana de nuestra Orden. Se formó en la corriente del culto cristiano tal como se practicaba en el Occidente, en el siglo XIII. Ha bebido de los manantiales de la tradición mariana del monaquismo, particularmente, al parecer, de los monjes cistercienses, y se ha nutrido además de las costumbres marianas de otras Órdenes de vida evangélico-apostólica, surgida antes que la nuestra.

Los testimonios sobre aquella piedad mariana de nuestros primeros Padres, tan sobria como ferviente, son numerosos, contemporáneos, concordantes. Según ellos, la Virgen era Madre amantísima, gloriosa Señora, seguro Refugio; de ella se profesaban humildes siervos y “singularmente enamorados”^[141].

Reafirmamos que la piedad mariana es un carisma de la Orden, constantemente poseído a través de los siglos y fielmente transmitido de una generación de hermanos a otra. Nosotros expresamos esta piedad sobre todo bajo la forma de servicio, que tiene profundas raíces bíblicas y, en la época de nuestros Padres, había asumido particulares connotaciones sociológicas.

Como los Siete Santos, servimos a María para mejor servir al Señor como ella y con ella queremos servir a los hombres, nuestros hermanos.

A la Virgen dirigimos numerosos actos de homenaje, algunos antiguos, otros más recientes; pero creemos que la piedad a Santa María consiste sobre todo en asumir su estilo evangélico de vida.

Deseamos que las expresiones de nuestra piedad sean sencillas, humildes, fruto de comunión fraterna; y puesto que el hermano debe y testimoniar la santidad de la belleza, deseamos también que sean limpias y armoniosas.

Celebramos todo el misterio de la Virgen. Pero, siguiendo una tradición viva, dirigimos nuestra mirada sobre todo a la Virgen de la *Anunciación* y a la Madre dolorosa junto a la cruz del Hijo: para “aprender de ella acoger la Palabra de Dios y a estar atentos a las indicaciones del Espíritu”^[142] y para vivir como ella el acontecimiento de la Pascua del Cordero, en que “se consume el amor y brota la vida”^[143]. Y, reconociéndonos pecadores, con frecuencia invocamos a Santa María como Reina de misericordia.

No concebimos una piedad mariana que no se resuelva en alabanza a Dios ni se incline con disponibilidad y misericordia hacia los hermanos necesitados.

Tal es nuestra espiritualidad mariana. Refiriéndose a ella, san Felipe Benicio (+ 285), discípulo de los Siete y continuador suyo, podía expresar el sentido de nuestra vocación en la Iglesia, declarando:

“Somos siervos de la Virgen gloriosa”^[144].

116. Nosotros, hermanos capitulares del 208º Capítulo General de la Orden, nos sentimos junto con vosotros, siervos y siervas de María, herederos y testigos de este patrimonio mariano, Y queremos guardarlo e incrementarlo, también a través de esta reflexión capitular. Por eso, en comunión de ideales con los hermanos y hermanas de muchos Institutos religiosos, elevamos nuestra gratitud a Dios, dador de todo bien, a quien sea todo honor y toda gloria.

- [1] TERCERA CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINO-AMERICANO. *La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina* (= Documento de Puebla) , n. 293, Celam 1979. Ediciones CEM. 1979.
- [2] Legenda de origine Ordinis, n. 17, en *Monumenta OSM*, vol. I Bruxelles, Société de Librairie, 1897, pp. 72-13
- [3] Constituciones OSM (1977), art. 6.
- [4] Ibid. art. 7.
- [5] Ibid
- [6] Durante el pontificado de Pablo VI (1963-1978) hay que señalar ante todo en sus Exhortaciones apostólicas *Signum magnum* del 13 de mayo de 1967, en *Acta Apostolicae Sedis* 59 (1967) pp. 465-475, y *Marialis cultus* -del 2 de febrero de 1974, en *Acta Apostolica Sedis* 66 (1974) pp. 113-168. Después, entre los documentos de las Conferencias episcopales, hay que recordar: NEDERLANDSE BISSCHOPPEN KOFERENTIE. *Pastorale Brief de Bisschoppen van Nederland* del 5 de octubre de 1968, en *Ephemerides Mariologicae* 24 (1974) pp. 98-103; CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE. *Una señal radiante de esperanza* del 12 de julio de 1972, en *Marianum* 36 (1974) pp. 363-365; CONFERENTIA EPISCOPALIS HELVETICA. *Die Mutter Gottes im Heilsplan Gottes* del 16 de septiembre de 1973, en *Marianum* 36 (1974) pp. 365-369; NATIONAL CONFERENCE OF CATHOLIC BISHOPS U.S.A. *Behold your Mother: Woman of Faith* del 21 de noviembre de 1973. en *Marianum* 36 (1974) pp. 370-411; CONFERENTIA EPISCOPALIS POLONENSIS. *Lettera pastolare su retto ordinamento e sviluppo del culto alla santissima Vergine Maria* del 8 de diciembre de 1974, en *Marianum* 37 (1975) pp. 507-511; CATHOLIC BISHOPS CONFERENCE OF THE PHILIPPINES *Ang Mahal na Birhen, Mary in Philippine Life Today: a Pastoral Letter on the Blessed Virgin Mary* del 2 de febrero de 1975, en *Marianum* 38 (1976) pp. 407-434.
- [7] PABLO VI. Exhortación apostólica *Marialis cultus* para la recta ordenación y el desarrollo del culto a la Sma. Virgen María, en *Acta Apostolicae Sedis* 66(1974) pp. 113-168, n. 15.
- [8] Cf. PÍO XII, Carta encíclica *Ad caeli Reginam*, en *Acta apostolicae Sedis* 46 (1954)p. 637; JUAN XXIII Alocución al clero romano (24 de noviembre de 1960), en *Acta Apostolicae Sedis* 52(1960) p. 1969.
- [9] CONCILIO VATICANO II. Constitución dogmática sobre la Iglesia. *Lumen gentium*, en *Acta Apostolicae Sedis* 57(1965) pp. 5-71, n. 65.
- [10] Cf. *Marialis Cultus*, n. 56 e Introducción
- [11] Cf. CONCILIO VATICANO II. Constitución sobre la sagrada liturgia. *Sacrosanctum Concilium*, en *Acta Apostolicae Sedis* 56 (1964) pp. 97-138. N. 13; *Marialis cultus*, n. 31.
- [12] *Lumen gentium*, n. 56
- [13] CONCILIO ECUMENICO CONSTANTINOPOLITANO I (año 381) *Profesión de fe*, en *Enchiridion Symbolorum...*, ed. H. Densinger y A. Schonmetzer. Roma, Herder, 1065, n. 150
- [14] Homilía a los fieles de Cerdeña, en el santuario de Nuestra Señora de Bonaria (24 de abril de 1970), en *Acta Apostolicae Sedis* 62(1970) pp. 300/301.
- [15] Ibid.
- [16] Ibid.
- [17] *Lumen gentium*, n. 56.
- [18] *De fide orthodoxa* III, 12 en PG 94, 1029 C.
- [19] ORIGENES. *Comentario al Evangelio de Juan I*, 4 en SC 120, -. 58.
- [20] Cf. TH KOHLER. *Les principales interpretations traditionnelles de Jn 19, 25-27 pendant les douze premiers siècles* en *Etudes Mariales* 16(1959) pp. 119-155; H. BARRÉ. *La maternité spirituelle de Marie dans la pensée médiévale*, en *Études Mariales* 16 (1959) pp. 87-104; B. DUBA. "Ecce mater tua" (Jo. 19,26-27) in *documentis Romanorum Pontificum*, en *Maria in Sacra Scriptura*, vol. V. Romae. Pont. Academia Mariana Internationalis 1967, pp. 235-289.
- [21] *Anacreontica XI*. In Ioannem Theologum, vv. 77-87, en PG 87,3 3789.
- [22] El título *Mater misericordiae* se emplea con cierta frecuencia en la liturgia romana. Figura, además, en la conocida antifona *Salve Regina* y en el himno *Salve, mater misericordiae* (liturgia de las Horas, Presentación de la B. Virgen María, 21 de noviembre, oficio de lectura). El origen del título parece remontarse a la obra de San Odón de Cluny (+ 942). El título indica que María es la madre de Jesús, la misericordia encarnada y que ella misma es madre sumamente misericordiosa.
- [23] *Ordo coronandi imaginem b. Mariae Virginis*. Editio typica. Citta del Vaticano, typis Polyglottis Vaticanis, 1981, n. 41, p.28 El título está relacionado con la expresión bíblica "Sierva (*ancilla, ministra*) del Señor" (Lc 1,38). Como tal, María "se consagró totalmente ... [...] a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con él y bajo el" (*Lumen gentium*, n. 56), o sea, al servicio del *mysterium pietatis* (cf. 1 Tm 3,16).
- [24] CONCILIO VATICANO II. Decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa, *Perfectae caritatis*, en *Acta Apostolicae Sedis* 58(1966) pp. 702-712, n. 2 a).
- [25] Para una buena reseña de textos cf. J.A. ALDAMA, SJ *Los orígenes del culto mariano de imitación*, en *Estudios Marianos* 35 (1972) pp. 75-93.
- [26] JUAN PABLO II. Exhortación apostólica sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual. *Familiaris consortio*, en *Acta Apostolicae Sedis* 73 (1982) pp.81-191, n.16.
- [27] PABLO VI. Alocución en Nazaret (5 de enero de 1964), en *Acta Apostolicae Sedis* 56 (1964) p. 168
- [28] Por sexualidad -distingase cuidadosamente de genitalidad- se entiende aquí el hecho de que cada ser humano - hombre o mujer- está profundamente marcado no sólo cuerpo sino también en la vida psíquica y en la vida espiritual por el propio sexo, masculino o femenino. Esto determina que cada persona, en fuerza del propio sexo, se situó de un modo peculiar frente así mismo, a los individuos del mismo sexo y a los del sexo contrario.
- [29] *Natividad de María o Protoevangelio de Santiago IX*, 1 en *Los Evangelios apócrifos* (ed. S. Otero). Madrid, La Editorial Católica, 1963, p. 152 (BAC 148). Para un estudio sobre el significado de la expresión "Virgen del Señor", cf. J.A. DE ALDAMA, S.J *María en la patrística de los siglos I y II*. Madrid, La Editorial Católica, 1970, pp. 342-356 (BAC 300).
- [30] *Lumen gentium*, n. 46.
- [31] Cf. Ibid., n. 56.
- [32] Esta interpretación es frecuente en los siglos XII-XIII: el *fiat* de la Virgen, además de expresión de acogida amorosa

de la voluntad de Dios, es una palabra de misericordia (*verbum miserationis*) en favor de los hombres. Consúltese, por ejemplo, S. BERNARDO. Homilía IV, 8, en *Opera omnia*, vol. 4. Roma, Edit. Circ. 1966, p. 53.

[33] *Lumen gentium*, n. 56.

[34] *Ibid.*, n. 62.

[35] Cf. S. GERMAN DE CONSTANTINOPLA. Oratio I in Dormitionem sanctae Dei Genetricis, en PG 98, 344D y 345 BC

[36] Aquí nos limitamos a citar un significativo texto de JUAN PABLO II: "...María está *presente en la Iglesia*, para estimular la santidad de sus hijos menores, para guiarlos por caminos heroicos de donación evangélica y misionera, en beneficio de los pobres, de los pequeños, de los sencillos de los sufridos, de aquellos que esperan el mensaje de Cristo" (Discurso a los colaboradores en el gobierno central de la Iglesia, n.31, en *Acta Apostolicae Sedis* 72 (1980) p. 664)

[37] Véase el excelente resumen de Pablo VI sobre la variedad de signos con los cuales se manifiesta la presencia de Cristo en la vida de la Iglesia: Carta encíclica *Mysterium fidei*, en *Acta Apostolicae Sedis* 57 (1965) pp. 762-764.

[38] Muchos teólogos creen que los santuarios marianos, lugares a donde numerosos fieles acuden a venerar la memoria de Santa María y recurrir a su intercesión, y también lugares donde se anuncia la Palabra, resuena la llamada a la conversión y se celebra el sacramento de la penitencia, deben ser considerados como `signos` de la presencia materna de la Virgen en la vida de la Iglesia. Con mayor razón debe afirmarse esto mismo de las apariciones auténticas de María: tales manifestaciones sobrenaturales, cuando gozan de la aprobación de la autoridad eclesiástica y producen continuamente frutos de vida cristiana, constituyen un testimonio particular del amor con el cual la Virgen, ya glorificada, acompaña el camino de sus hijos todavía peregrinos en la tierra. También el Año litúrgico, proponiendo de nuevo en el ciclo anual y celebrando *misteriosamente* los eventos salvíficos de la vida de Cristo, al cual está indisolublemente asociada la Virgen (Cf. *Sacrosanctum Concilium*, n. 103), se vuelve indirectamente un signo de la presencia de María en la Vida de la Iglesia.

[39] *Lumen gentium*, n. 46.

[40] Cf. *Lumen gentium*, n. 64.

[41] Cf. *Misal Romano*, Prefacio de la Inmaculada, 8 de diciembre.

[42] "Tu visitas y velas sobre todos, oh Madre de Dios. Aunque nuestros ojos no te pueden ver, oh Toda-Santa, tú habitas entre nosotros y te manifiestas de varios modos a cuantos son dignos de ti")S. GERMÁN DE CONSTANTINOPLA, *Oratio I in Dormitionem sanctae Dei Genetricis*, en PG 98, 345 A). Por su parte la liturgia romana ora: "Veni, iuvamen saeculi, / sordes aufer piaculi, / ac visitando populum / poenae tolle periculum" (*Liturgia de las Horas*, Visitación de la b. Virgen María, 31 de mayo, Oficio de Lectura, himno Veni, praecelsa Domina, del siglo XIII).

[43]

[44] A la primera edición del *Tractus* del p. Lépiciér (París 1901) siguieron otras cuatro> la quinta (Roma 1926) resulta notablemente aumentada.

[45] *Estatutos de la Pontificia Facultad Teológica Marianum*, n. 2 b).

[46] Carta circular sobre algunos aspectos más urgentes de la formación espiritual en los seminarios (6 de enero de 1980), II, 4, en *Enchiridion Vaticanum* 7, n. 85.

[47] Estas observaciones obviamente no deben ser entendidas en el sentido de que el estudio del misterio de Cristo, del Espíritu, de la Iglesia sean presupuestos para el conocimiento de María de Nazaret, sino en el sentido de que un diligente estudio del acontecimiento Cristo, de la acción del Espíritu, de la naturaleza y de la misión de la Iglesia no puede menos de considerar el puesto que la Virgen ocupa en ellos.

[48] Cf. PABLO VI. Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* acerca de la evangelización del mundo contemporáneo, en *Acta Apostolicae Sedis* 68 (1976) pp. 5-96, n. 82.

[49] *Marialis cultus*, n. 17.

[50] Desde los siglos V-VI la liturgia romana, proponiendo Isaías 60, 1-9 y Mateo 2, 1-12 como lecturas para la solemnidad de la Epifanía, ha intuido la relación entre ellos. La exégesis aquí expuesta que ve en la casa de Belén (cf. Mt 2, 11) una figura de la Iglesia, cobra creciente interés entre los estudiosos. Sin embargo, no es nueva. El núcleo esencial se encuentra ya en Ireneo, para el cual la casa donde son conducidos los Magos para encontrar al Emanuel ("ad Emmanuel") es la casa de Jacob.; obviamente la Iglesia (cf. *Adversus haereses* III, 9,2 en SC 211, p. 106). Esta interpretación pasa a los teólogos medievales; la encontramos, por ejemplo, en Rábano Mauro (+856): "En sentido místico, los tres Magos significan el pueblo de los Gentiles descendientes de los tres hijos de Noé, que llega a la fe en Cristo de las tres partes del mundo. La Estrella, además, significa la palabra de los profetas, que muestra sin error el nacimiento del Señor, Herodes es tipo del diablo, el cual, conocido el nacimiento del Salvador, lo persigue preparando la muerte temporal de sus miembros. De Herodes se separan los Magos cuando las gentes abandonan la idolatría y vienen a la casa en la cual está Cristo, es decir la Iglesia católica, la cual, permaneciendo virgen, engendra cada día hijos de Dios" (*Commentaria in Mathaeum* I, cap. 2 en PL 107, 760 D).

[51] La presencia activa del Espíritu Santo tanto en la encarnación del Verbo como en Pentecostés ha sido vista en relación recíproca por el Concilio Vaticano II: P cf. *Lumen gentium* n. 59 y Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad gentes* en *Acta Apostolicae Sedis* 58 (1966) pp. 947-990, n. 4.

[52] *Lumen gentium*, n. 65.

[53] Cf. Art. 7.

[54] *Evangelii nuntiandi*, n. 48

[55] *Ibid.*

[56] Cf. *Documento de Puebla*, n. 465.

[57] *Marialis cultus*, n. 40.

[58] Cf. *Ibid.*

[59] *Sacrosanctum Concilium*, n. 13.

[60] *Lumen gentium*, n. 67.

[61] Mons. E. Manfredini, arzobispo de Bolonia, escribe: "Constatando que el nuevo 'Ordo (lectionum)' establece para la memoria de la Dolorosa las mismas lecturas del viernes santo [...] y entonces sugiere recoger del acontecimiento

dramático celebrado en ese día el significado de la celebración de la Madre de los dolores, surge espontánea la pregunta de si no será muy oportuno [...] encontrar un modo propio y una forma específica para presentar con mayor evidencia a la conciencia del pueblo de Dios la participación de María en el misterio de la cruz de Cristo en la misma 'feria sexta in passione Domini'. Ponerla así de relieve, antes que disminuir el sentido del valor único del sacrificio de Jesús en el viernes santo, lo haría interiorizar según esa auténtica comprensión de fe que la comunidad eclesial logra progresivamente asimilar cuando se acerca al misterio de la cruz asociándose al en la actitud misma de María en el Calvario" (Análisis temático per le celebrazioni mariane, en AA. VV. *Il Messale Romano del Vaticano II. Orazionale e Lezionario*. Vol. II. Leumann (Torino), IOC, 1981, p. 130; cf. M. MAGRASSI. O.S.B., arzobispo de Bari. *María e la Chiesa una sola madre*. Noci. Edizioni La Scala, 1977, p. 22; J. CASTELLANO, O.C.D. *La Vergine nella liturgia*, en AA.VV., *María mistero de grazia*, Roma, Pontificio Istituto di spiritualità del Teresianum, 1974, pp. 104-108; A. BERGAMINI, *Cristo festa della Chiesa*, Storia-teología-spiritualità-pastoral dell'Anno Litúrgico. Roma. Ed. Paoline, 1982, p. 395 y correspondiente nota 2; T. URKIRI, C.M.F. *Para avanzar en la pastoral litúrgico- mariana*. Madrid, Editorial Alpuerto, 1980, pp. 28-45.

- [62] Véase a este propósito: S. SALAVILLE. *Marie dans la liturgie byzantine ou préco/slave*, en H. DU MANOIR (ed.) *María Études sur la Sainte Vierge*, vol. I. Paris, Beauchesne, 1949, pp. 266-271-A. KNIATZEFF. *La Thetokos dans les offices bizantins du temps pascal*, en *Irénikon* 43 (1069) pp. 21-44.
- [63] ... sería ciertamente deseable que (en la liturgia romana) el recuerdo de la Virgen se presentase también en las celebraciones pascuales y pentecostales (Cf. M. MAGRASSI, O.S.B. *Op. Cit.*, pp. 22-23).
- [64] Cf. *Sacrosanctum Concilium*, n. 30. Sobre la función y el valor reconocidos al silencio por los varios documentos litúrgicos y por los rituales promulgados entre 1968 y 1973, cf. D. SARTORE C.S.J. *Il silenzio come parte dell'azione litúrgica*, en AA.VV. *Misterion*. Nella celebrazione del Mistero di Cristo la vida de la Chiesa. Leumann (Torino), LDC, 1981, pp. 289-305.
- [65] Para una reseña puntual de los estudios contemporáneos sobre Lucas, 2, 19.51b y para una antología de textos del siglo III a nuestros tiempos, cf. A. SERRA. *Sapienza e contemplazione di María secondo Luca 2, 19.51b*. Roma Edizioni Marianum, 1982.
- [66] H. DE LUBAC
- [67] Una de las intuiciones más relevantes de la *Marialis cultus* es la, de presentar a Marra como "modelo de la actitud espiritual con la cual la Iglesia celebra y vive los divinos misterios" (n. 16). La Exhortación apostólica observa que la "ejemplaridad de la bienaventurada Virgen en este campo deriva del hecho de que María es reconocida como excelentísimo modelo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo" (ibid., ...). Sin embargo en este texto no se hace mención explícita actitud, reflexiva, que es sin duda uno de los aspectos ejemplares más notables de Marra en el campo cultural.
- [68] "A ti, Señor, la alabanza silenciosa". Para el origen y el significado de este lema que deriva de la lectura masorética del Salmo 64 (65), 2, cf. I CECCHETTI. *Tibi silentium laus*, EN AA.VV.. *Miscellanea litúrgica in honorem L. Cuniverti Mohleber*, vol. II. Roma, Ediciones Desclée, 1949, pp. 521-570.
- [69] Como es sabido, en la celebración de algunos sacramentos -confirmación ordenación de los obispos de los presbíteros y de los diáconos, unción de los enfermos... -el gesto de la imposición de las manos que precede a la invocación del Espíritu Santo se realiza en absoluto silencio. También varios signos bíblicos del Espíritu Santo son 'silenciosos'; el aliento y la brisa el óleo, el perfume, el ungüento, la sombra y el rocío ...
- [70] *Constituciones OSM* (1977), art. 31.
- [71] PABLO VI. Exhortación apostólica sobre la renovación de la vida religiosa según las normas del Concilio Vaticano II, *Evangelica testificatio*, en *Acta apostolicae Sedis* 63(1971), pp. 497-526.
- [72] El término hebraico "tob" que califica, una tras otra, las obras de la creación (cf Gn. 1, 4.10.12.18.21.25.31) lo traducen los LXX con el adjetivo "kalón": era cosa buena, que resume en sí los significados de hermoso, bueno, bien logrado.
- [73] *Liturgia de las Horas*, Solemnidad de María Sma. Madre de Dios 1 de enero, Oficio de Lectura, responsorio 2.
- [74] N. 71, v. 513. en SC 123, p. 98
- [75] Homilía XXXVII. In *Dormitionem Deiparae semperque Virginis Mariae*, en PG 151. 468 A.
- [76] Alocución a los participantes del VII Congreso Mariológico Internacional (Roma 16 de mayo de 1975) en *Acta Apostolicae Sedis* 67 (1975) p. 338.
- [77] Homilía en S. Pedro con ocasión del X aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II (8 de diciembre de 1975), en *Insegnamenti di Paolo VI* vol. XIII. Citta' del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 1975, pp. 1493-1494.
- [78] Muy conocida a este propósito es la antifona 'Tota puchra es, María et macula originalis non est in te' (Liturgia de las Horas, Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María, 8 de diciembre, II Vísperas. antifona 1).
- [79] Entre los textos más conocidos se puede citar la antifona: "Genuit puerpera Regem, cui nomen aeternum, et *gaudia matris habens cum virginitatis honore; nec primam similem visa est, nec habere sequentem*" (*Liturgia de las Horas*, Solemnidad de María Sma. Madre de Dios, 1 de enero, Laudes, antifona 3).
- [80] PABLO VI, Homilía en S. Pedro con ocasión de la celebración del centenario de la Acción Católica italiana (8 de diciembre de 1968), en *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. VI, Citta' del Vaticano, Librería Editrice Vaticano, 1969, p. 632.
- [81] PABLO VI, Alocución a los participantes del VII Congreso Mariológico Internacional (Roma 16 de mayo de 1975), en *Acta Apostolicae Sedis* 67 (1975), p. 228.
- [82] *Regula ad servos Dei*, cap. VIII, n. 48.
- [83] *Hui homélies mariales*. Hom. VII, 234-239, en SC 72, pp. 198-200. Se habrá advertido que el b. Amadeo reconoce la belleza de la Virgen en sus actitudes morales (en los pensamientos, en las palabras, en las acciones) y en su participación en los acontecimientos salvíficos de Cristo (nacimiento, la muerte, la resurrección). En épocas de decadencia del pensamiento teológico, la belleza de la Virgen se buscará inoportunamente en los rasgos físicos, fantásticamente imaginados y descritos.
- [84] *Lumen gentium*, n. 55.
- [85] *Evangelica testificatio*, n. 16.
- [86] *Ibid.*, n. 18

- [87] Ibid., n. 17
- [88] JUAN PABLO II. Homilía a los fieles mexicanos, en el Santuario de Zapopan (30 de enero de 1979), en *Acta Apostolicae Sedis* 71 (1979), p. 230.
- [89] *Documento de Puebla*, n. 299.
- [90] Sobre la condición de la mujer en el mundo bíblico, cf. L. ZUCKER. *Voz Woman*, en *Encyclopaedia judaica*, vol. 16, Jerusalem, 1971, col. 623-628; C. GANCHO. *Voz Donna*, en *Enciclopedia della Bibbia*, vol. 2. Leumann (Torino), LDC, 1969, col. 998-1002.
- [91] *Documento de Puebla*, n. 291.
- [92] Ibid., n. 299.
- [93] Cf. Carta encíclica *Pacem in terris*, en *Acta Apostolicae Sedis* 55 (1963), pp. 267-268.
- [94] PABLO VI, Alocución a la Convención de los juristas católicos de Italia (7 de noviembre de 1974), en *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. XII, Città del Vaticano, Librería Editrice Vaticana, 1975, p. 1248.
- [95] Cf. Ibid., p. 1249.
- [96] Documento *Funzione della donna nell'evangelizzazione* (19 de noviembre de 1975), V. La donna nella liturgia e nei ministeri, en *Enchiridion Vaticanum* 5, n. 1572.
- [97] N. 292.
- [98] Cf. *Familiaris consortio*, n. 59.
- [99] A. MULLER, *Discorso di fede sulla Madre di Gesù*. Un tentativo di mariología in prospettiva contemporanea. Brescia. Queriniana, 1983, p. 49.
- [100] CONCILIO ECUMÉNICO CONSTANTINOPOLITANO I (año 381), en *Enchiridion Symbolorum*, n. 150.
- [101] Cf. SAN AGUSTIN, *De sancta virginitate*, 6, en PL 40, 399: *Lumen gentium*, nn. 53.61.
- [102] Liturgia de las Horas, Antífona *Salve Regina*. La atribución a la Virgen del término *vida* determinó la desaparición del uso de esta célebre antífona en las Iglesias de la reforma. Efectivamente este término, que en un sentido absoluto conviene sólo a Cristo (cf. Jn 14, 6), aplicado a la Virgen podía dar lugar a malentendidos. Bien acertó, en cambio, el significado y el valor de su aplicación a María el primer comentarista de la *Salve*, el abad cisterciense Gofredo de Auxerre (+ 1188ca.), según el cual la Virgen es para nosotros *vida* a causa del valor ejemplar de su testimonio: "vida por el ejemplo de perfecta conducta y de total santidad"; "vida, si imitamos, aun en nuestra fragilidad, su vida"; "vida nuestra para educarnos en la vida" (*In Nativitate b. Virginis, Sermo IV*, en ed. J.M. CANAL. *Salve Regina misericordiae*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1963, pp. 212-213).
- [103] VI SÍNODO DE LOS OBISPOS (año 1983). *Messaggio al mondo*, en L' *Osservatore Romano*, 28 de octubre de 1983 p. 1.
- [104] Cf. Alocución a los científicos y a los representantes de las Naciones Unidas (Hiroshima, 25 de febrero de 1981), en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol V/1, Città del Vaticano, Librería Editrice Vaticana, 1981, pp. 540-549; Homilía en el aeropuerto de Coventry (30 de mayo de 1982), en *Acta Apostolicae Sedis* 74 (1982), pp. 926-931; Mensaje en la II Sesión especial de las Naciones Unidas para el desarme (7 de junio de 1982), en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol V/2, Città Del Vaticano, Librería Editrice Vaticana, 1982, pp. 2131-2143; Alocución al Centro Europeo para la Investigación Nuclear (Ginebra, 15 de junio de 1982), n. 9, en *Acta Apostolicae Sedis* 74 (1982) pp. 1010-1012.
- [105] Carta pastoral *The Challenge of Peace: Gods Promise and Our Response* del 5 de mayo de 1983; Carta de los Obispos de los Países Bajos *La paz en la justicia* del 5 de mayo de 1983; Carta de los Obispos de Bélgica *Desarmar para construir la paz* de julio de 1983; Carta de los Obispos de Japón *La aspiración a la paz, misión evangélica de la Iglesia Japonesa* del 9 de julio de 1983; Carta de la Conferencia Episcopal de Francia *¡Vencer la paz del 8 de noviembre de 1983!*.
- [106] Cf. G.M. LECHNER, O.S.B. *María Gravida*. Sum Schwangerschaftsmotiv in der bildenden Kuns. Munchen-Zurich, Verlag Schnell und Steiner, 1981. Nos complacemos en recordar aquí el fresco de Vitale de Bolonia *La Virgen en la espera del parto* (1355) que se admira en la basílica de Santa María de los Siervos de Bolonia, una de las más antiguas y veneradas iglesias de la Orden.
- [107] *Liturgia de las Horas*, Natividad del Señor, 25 de diciembre, Laudes, himno.
- [108] *Proprium Officiorum O.S.M.*, Solemnidad de la b. Virgen Dolorosa, 15 de septiembre, I Vísperas, antífona 1.
- [109] *Marialis cultus*, n. 32.
- [110] Dr. ROSS MACKENZIE, presbiteriano. Declaración referida por R. LAURENTIN. *Bulletin sur la Vierge Marie*, en *Revue des sciences philosophiques et théologiques* 65(1981). Pp. 330-331.
- [111] Para ellos la Sagrada Escritura es el libro que el monje debe meditar incansablemente, "leer día y noche, escudriñando cada una de sus sílabas y de sus letras" (S. JERONIMO, *Tractus de Psalmo 131*, en CCL 78, p. 274), regla y espejo sobre el cual modelar la propia vida, alimento -casi, carne y sangre de Cristo, igual que la Eucaristía- del cual debe nutrirse. Para una síntesis del uso de la Biblia entre los monjes, cf. G.M. COLOMBAS O.S.B. *El monacato primitivo*, vol. II, *La espiritualidad*, Madrid, La editorial Católica, 1975, pp. 75-94 (BAC 376).
- [112] "Tengan (los religiosos), ante todo, diariamente en las manos la Sagrada Escritura, a fin de adquirir, por la lección y meditación de los sagrados Libros, el sublime conocimiento de Jesucristo (Phil 3, 8)" (*Perfectae caritatis*, n. 6).
- [113] "En la virgen María *todo es referido a Cristo y todo depende de Él*: en vistas a Él, Dios Padre la eligió desde toda la eternidad como Madre toda santa y la adornó con dones del Espíritu que no fueron concedidos a ningún otro". (*Marialis cultus*, n. 25).
- [114] *Misal Romano*, Plegaria eucarística I o Canon Romano, *Comunicantes*.
- [115] Cada uno de nosotros cuando aborda los textos marianos de la Sagrada Escritura, además de una pre/comprensión consiguiente a la propia formación intelectual, tendrá respecto a ellos una diversa pre-disposición que deriva de la confesión cristiana a la cual pertenece y de su condición existencial. Así por ejemplo, nosotros frailes Siervos de María -religiosos, católicos, surgidos en el ámbito del movimiento evangélico-apostólico medieval, depositarios de una herencia mariana- descubrimos en aquellos textos ecos y resonancias que fácilmente pasan inadvertidos a otros lectores de diferente tradición espiritual.
- [116] Cf. S. CONCILIO VATICANO II. Decreto sobre el ecumenismo, *Unitates redintegratio*, en *Acta Apostolicae Sedis*

- 57 (1965) pp. 90-112, n. 11; SECRETARIADO PARA LA UNIÓN DE LOS CRISTIANOS. Directorio ecuménico, Parte II, en *Acta Apostolicae Sedis* 62 (197) pp. 705-724, n. 76c.
- [117] Cf. S. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Declaratio circa catholicam doctrinam de Ecclesia contra nonnullos errores hodiernos tuendam, especialmente el n. 5 (*De notione infallibilitatis Ecclesiae non corrumpenda*), en *Acta Apostolicae Sedis* 65 (1973) pp. 402-404.
- [118] A este propósito será suficiente recordar que, en la misma época –fines del siglo IV-, en la cual la liturgia siria por obra de San Efrén (+ 373) y de su escuela ha introducido numerosos himnos dirigidos directamente a la Virgen, la liturgia romana no ha introducido todavía en sus oficios textos con semejante criterio. Esto acontecerá sólo a partir del siglo VII.
- [119] La divergencia se refiere sólo a los dogmas de la Concepción Inmaculada y de la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma al cielo. Pero, más que a los contenidos doctrinales, la discrepancia se refiere al procedimiento de la definición de parte de los Obispos de Roma –respectivamente Pío IX en 1854 y Pío XII en 1950- ocurrida en una situación de “Iglesia separada”.
- [120] N. NISSIOTIS. *María en la teología ortodoxa*, en *Concilium* 19(1983) n. 8, p. 219.
- [121] Los teólogos ortodoxos reconocen que, en el campo ecuménico, “por el excesivo temor de crear un ulterior motivo de división y de escandalizar las conciencias de colegas y hermanos de otras tradiciones cristianas”, han sido demasiado cautos en sus referencias a la Virgen. Hoy parecen orientarse, justamente por motivos ecuménicos, a abandonar tanta cautela: “Una teología orientada ecuménicamente que puede que quede privada de referencias a la mariología es una reflexión teológica individualística, antropocéntrica y mutilada, porque resulta incapaz de penetrar dinámicamente los corazones y las mentes que buscan la unidad en Cristo por medio del único Espíritu, basándose en un acercamiento plenamente eclesiológico” (N. NISSIOTIS *Art. Cit.* Pp. 67-68 [1261-1262])
- [122] *Unitatis redintegratio*, n. 15.
- [123] *Declaración ecuménica en el Congreso Mariológico Internacional de Zaragoza* (9 de octubre de 1979), 4, en *Marianum* 42 (1980), p. 305. Es necesario, sin embargo, aclarar que los firmantes de la Declaración suscribieron a título personal, aunque atestiguaron haber “trabajado con la preocupación constante de expresar la fe de su Iglesia” (Ibid., nota preliminar a las firmas).
- [124] Cf. *Dichiarazione ecuménica al Congresso Mariologico Internazionale di Mata* (15 de septiembre de 1983) n. 5 en *L'Osservatore Romano*, 18 settembre 1983, p. 2.
- [125] A este propósito véase J. P. GABUS *Point de vue protestant sur le études mariologiques et la pieté mariale*, en *Marianum* 44 (1982) pp. 475-509, en particular pp. 480-482.
- [126] SECRETARIADO PARA LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS, *Orientamenti e suggerimenti per l'applicazione della dichiarazione Nostra aetate* (n. 4) en *Acta Apostolicae Sedis* 67 (1975), p. 73.
- [127] Ibid.
- [128] Ibid.
- [129] *De gloria et honore Filii hominis X*, 1, en PL 194, 1105.
- [130] JUAN PABLO II, Alocución a los delegados de las Conferencias episcopales para las relaciones con el hebraísmo (6 de marzo de 1982) en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol V/1. Città del Vaticano, Librería Editrice Vaticana, 1982, p. 746.
- [131] CONCILIO VATICANO II. Declaración sobre las relaciones de la Iglesia y las religiones no cristianas *Nostra Aetate*, en *Acta Apostolicae Sedis* 58 (1966) pp. 740-744, n. 4.
- [132] N. 3.
- [133] N. GEAGEA, O.C.D. *María, segno ed esempio secondo il Corano*, en *Acta Congressus Mariologici-Mariani Internationalis in Croatia anno 1971 celebrati*, vol. V. Romae. Pont. Academia Mariana Internationalis, 1972, p. 369.
- [134] *El Corán*, Sura XXI, p91.
- [135] Ibid. Sura III, 42.
- [136] N. GEAGEA. *Art cit.*, p. 381.
- [137] Cf. *Nostra aetate*, n. 3
- [138] *El Corán*, Sura LXVI, 12.
- [139] Cf. *Constituciones OSM* (1977), art. 24.
- [140] Citado por J.-P. GABUS. *Art. Cit.*, p. 481.
- [141] *Legenda de origine Ordinis*, n. 18, en *Monumenta OSM*, vol. I. Bruxelles, Société Belge de Librairie, 1897, p. 73.
- [142] *Constituciones OSM* (1977) art. 6.
- [143] *Vigilia de Domina*. Ufficio dei Servi a santa Maria, Romae, Curia Generalis OSM, 1980, p. 61.
- [144] *Legenda beati Philippi*, n. 8, en *Monumenta OSM*, vol. II. Bruxelles, Société Belge de Librairie, 1898, p. 71.